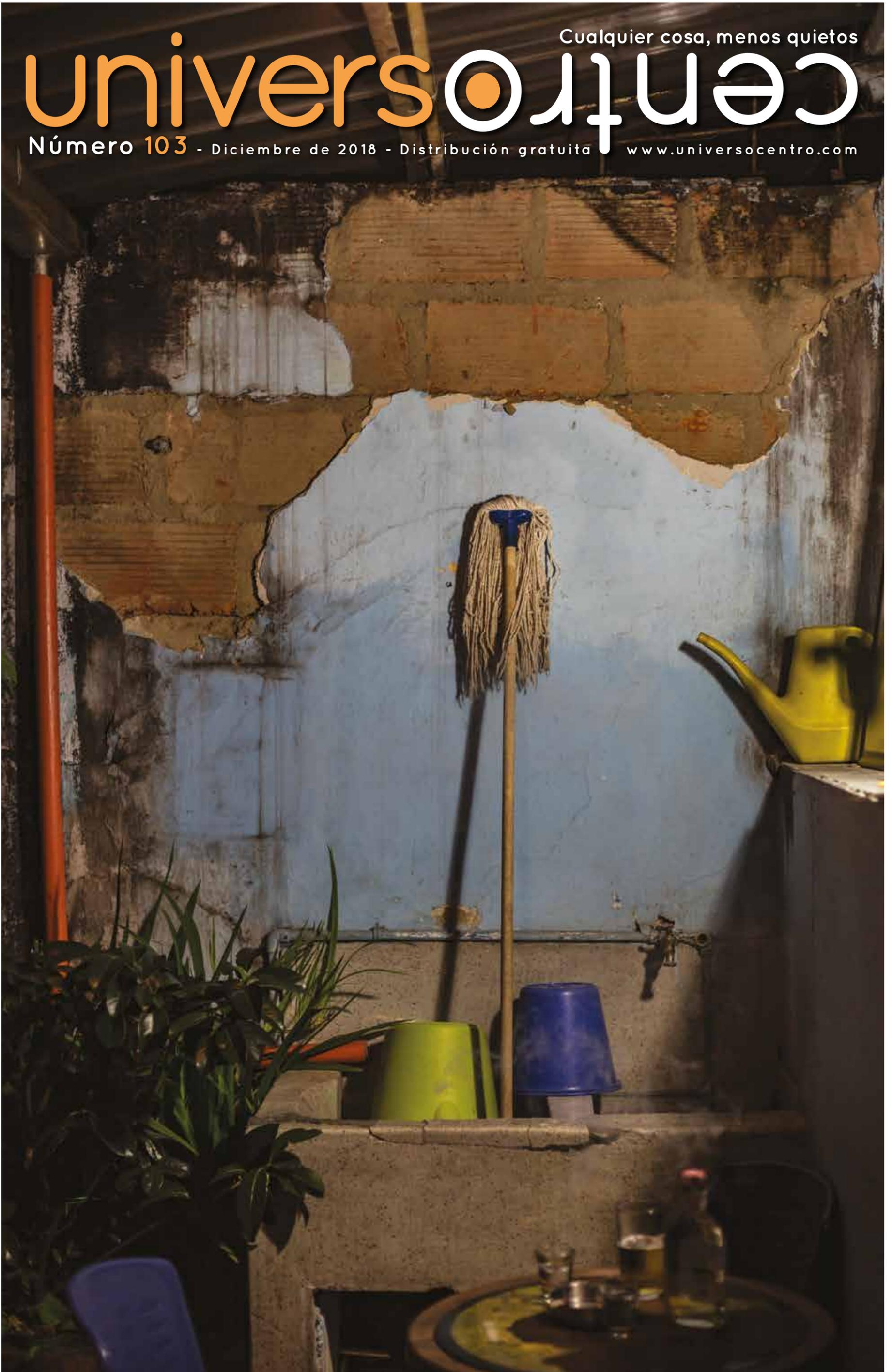


universo **centro**

Cualquier cosa, menos quietos

Número 103 - Diciembre de 2018 - Distribución gratuita | www.universocentro.com



Pugilato sin filosofía

Hemos pasado de la indignación por los hechos a la furia frente a las opiniones. Antes se rabiaba por la ineptitud de los funcionarios, la venalidad de los contratistas, el cinismo y la falta de coherencia de los candidatos, ahora se oyen las matracas y las cantaleas de clanes fascinados más por las ideas contrarias que por las propias. Parece que hoy se tienen más claras las discordias que las afinidades, se piensa por reacción, se practica algo parecido a la filosofía de la represalia.

Esa permanente crispación frente a los decires ajenos es también una dolencia asociada a la solemnidad. Parece que tomamos demasiado en serio el parloteo insomne de las redes, las noticias y la prensa. Hasta los chistes flojos de quienes se paran solitarios frente a una cámara pueden generar una cascada de maldiciones. Bien vendría darle una mirada a los bien conservados *Ensayos* de Montaigne, ensayos también en el sentido de ser simples intentos, ejercicios muchas veces predestinados al error. Era esa una de las virtudes del primer hombre moderno, según algunos de sus admiradores. Tener sus pensamientos provisionales, llenar sus páginas de expresiones como “quizá”, “hasta cierto punto”, “creo”, “me parece”, palabras que “suavizan y moderan la aspereza de nuestras proposiciones”.

Tal vez la frase más inquietante de Montaigne para los lectores de estos días fuera esta declaración sin principios: “Ninguna propuesta me asombra, ninguna creencia me ofende, por mucho contraste que ofrezca con las mías propias”. Hoy en día parece una renuncia inaceptable, un vacío de razones, un abandono simple y llano. Montaigne hablaba sobre todo de las opiniones y reflexiones filosóficas, ese era el centro de sus intereses y sus conocimientos, pero por supuesto hablaba también de inquietudes políticas e inclinaciones religiosas. Hoy en día nuestras grandes pugnas son sobre todo electorales, ni siquiera fundamentalmente políticas o ideológicas, hemos permitido que el más vulgar de los escenarios cope toda la atención. Por eso la punta de lanza de los duelos digitales del diario pueden ser Ernesto Macías o Gustavo Bolívar.

Montaigne sentía fascinación por el sentimiento de la extrañeza, visitaba los “monstruos” de la época, personas con malformaciones, para intentar encontrar un sentido humano distinto, para conocer criaturas por fuera de las categorías

conocidas. Pero siempre descubría la misma humanidad y terminaba aceptando que la rareza más grande e incomprensible estaba encerrada en su cuerpo, se sorprendía de sus cambios de opinión y de la fragilidad de sus estados de ánimo: “Mi pie es tan inestable e inseguro, me encuentro tan vacilante y dispuesto a resbalar, y mi vista es tan poco fiable, que en ayunas me siento otro hombre que después de comer. Si me sonrío mi salud y la luz de un precioso día, soy un hombre estupendo; si tengo un callo que me duele en el dedo del pie, soy hosco, desagradable e inaccesible”. Era un filósofo de la incertidumbre, un pensador que se veía más como un ratón en el laboratorio de las ideas que como un búho pontificando desde una rama alta. Y si eso pasaba con sus ideas filosóficas, hoy parece increíble que nos enzarcemos durante años en las estrategias y las muletillas grandilocuentes de los políticos.

Buena parte de nuestras controversias se han convertido en una competencia de descalificaciones, unos pleitos que se alimentan más de la bilis que de la burla. Batallas en las que más que causar dolor físico se buscan golpes de desprestigio. Montaigne destacaba los peligros de un concepto de la época que justificaba la brutalidad en la guerra, el “furor” de los combatientes hacía normal que no se contuvieran y que la piedad pudiera ser olvidada. Ese mismo “furor” hace olvidar hoy toda obligación de compostura y valoración de ideas en el debate de nuestras coyunturas. Las razones propias nos hacen duros para agredir y aislados para aceptar la posibilidad de cambio, no logramos experimentar “el freno de la benevolencia”.

En últimas el escepticismo entrega una gran ventaja. Quienes pierden en una discusión, prueban que tenían razón en dudar de sus propios conocimientos. Y quienes graban para siempre una “verdad” o un prejuicio solo demuestran que son más crédulos, y que su alma es más blanda y menos resistente a dejarse grabar para siempre.

El poeta irlandés Thomas Moore escribió una especie de oración al sereno escepticismo que puede servir como un pantallazo obligado antes de entrar al tinglado de las redes sociales: “Cuando pasan las olas del error / qué dulce es alcanzar al fin tu puerto tranquilo, / y suavemente balanceado por la duda ondulante / sonreír a los tenaces vientos que guerrearán afuera”. ©



@Montaigne

DIRECCIÓN Y FOTOGRAFÍA

– Juan Fernando Ospina

EDITOR

– Pascual Gaviria

COMITÉ EDITORIAL

– Fernando Mora Meléndez

– David Eufrasio Guzmán

– Andrés Delgado

– Anamaría Bedoya

– María Isabel Naranjo

– Alfonso Buitrago

– Carolina Calle

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

– Gretel Álvarez

CORRECCIÓN

– Gloria Estrada

ASISTENTE

– Sandra Barrientos

DISTRIBUCIÓN

– Didier, Gustavo y Simón

Es una publicación mensual de la Corporación Universo Centro

Número 103 - Diciembre 2018

20.000 ejemplares

Impreso en La Patria

universocentro@universocentro.com

DISTRIBUCIÓN GRATUITA

WWW.UNIVERSOCENTRO.COM



Visitas al brujo

Ilustración: Santiago Rodas

Yo soy Fernando, hijo de Fernando González, y tengo un gran cariño por Estanislao Zuleta, tanto padre como hijo, porque los recuerdos son muy bonitos. Primero conocí yo a Estanislao en la Bolivariana, estábamos jugando un partido de fútbol y tengo esa imagen de él, de futbolista, me acuerdo que era callado, un poco pesado para correr, pero pateaba duro, esa era la imagen de deportista.

Luego vuelvo a ubicarlo entrando aquí a Otraparte, venía los sábados por la tarde en camión de escalera de esa época, se bajaba aquí y siempre traía libros bajo el brazo, era de caminar lento, entraba y cuando se le decía a mi papá: “Vino Estanislao”, gozaba mucho, y entonces se sentaban ahí en una mesa que había pertenecido a Carlos E. Restrepo que era el padre de mi madre, era de un cedro viejo. Esa mesa la menciono porque fue el lugar de reunión de mi padre con sus amigos y hay en ella cierto cordón umbilical de todo lo que ha pasado en esta casa.

A Estanislao lo recuerdo sentado en un ángulo del extremo y mi papá en la cabecera. Él sacaba los libros que traía y comenzaba a comentar con mi papá, que si los había leído, que tal cosa, intercambiaban libros y había una relación, diría uno, casi fraterna, era más bien una comunión. Por eso cuando me preguntan cómo influyó mi papá en Estanislao, hombre, yo no creo que haya influido en ese sentido de maestros y esas cosas, sino que había una afinidad, una armonía, que era no solamente por el lado del padre, Estanislao viejo (mi papá decía que era el único amigo que había tenido en la vida), sino por el mismo espíritu rebelde, buscador, caminador, valiente, solitario, que se enfrenta a la realidad, la denuncia sin amargura sino con una gran valor y una gran lucidez, que fue lo que representó.

Como Rendón y todo ese grupo, el mismo León de Greiff que tanto quería Estanislao, solos se autoexiliaron porque Estanislao al fin se aisló también, según me cuentan, y lo mismo fue mi papá, mi papá se exilió porque desde que escribe *El maestro de escuela* en el 41 y firma ex Fernando González, se metió aquí a Otraparte y se dedicó a escribir sus últimos libros que fueron el *Libro de los viajes y las presencias*, *La tragico-media...*, y ya era una lucha no contra lo social, ni lo económico ni lo político sino contra él mismo, entonces por eso quienes lo siguen o lo leen hasta la etapa de lo revolucionario, social y económico al final dicen: “Fernando González se volvió místico”, pero no ven que ya estaba en otra cosa. Entonces, no sé, generacionalmente y en esa convivencia fueron fraternos. Sí, inicialmente sobre todo, pero Estanislao era un culto y un lector tremendo, porque en esa época los grandes amores de mi papá eran Nietzsche, Schopenhauer, Spinoza, sobre todo. Recuerdo que mi papá le decía a Estanislao: “Hombre Estanislao, acuérdate en ese postulado 33 de Spinoza de la *Ética*, cuando dice: ‘porque la beatitud no es premio a la virtud, sino la virtud misma’”. Desfasa todo el criterio ético, que venía vigente a través del antiguo testamento, de que había más mérito ético



en cuanto más tenía que violentarse el hombre para cumplir con algo o actuar de determinada manera. No, el verdadero virtuoso siente los mandamientos o la armonía, esa ley divina conatural, no tiene que esforzarse para no robar, para no hacer daño al prójimo, en fin, eso es muy lindo. A Spinoza por eso lo apedrean allá en Róterdam, porque él dijo: no señores, qué cuento de que el hombre tiene que ser virtuoso para ganarse el cielo, no: la virtud es en cuanto no necesita premio para ser.

Bueno, Estanislao después de que vino aquí (lo recuerdo unas diez veces), y ógalo bien, eso es muy bonito porque cuando Estanislao después de ese contacto con mi papá, y haber coincido, abierto los ojos ambos, pasó a la Universidad de Antioquia a enseñar y recuerdo que una vez una discípula de él muy linda me dijo: “Hombre Fernando, yo quiero mucho a Estanislao, Estanislao en la universidad tuvo una época en la cual no hablaba bien de tu papá, era un lector crítico de una parte de su obra”. Entonces fue una forma de amor y fue una dialéctica vital porque después hay un reportaje que le hacen a Estanislao, allá en Cali, salió en la prensa, y él dice:

“Fernando González me enseñó a amar a mi padre y es como mi padre”, y dice que el mejor libro que él haya leído de mi padre es *Viaje a pie*.

La última vez que vi a Estanislao fue en la Biblioteca Pública Piloto, él entraba, yo iba de paso y lo vi allá y fui a saludarlo. Hacía como diez años que no lo veía: “Hombre Estanislao, qué has hecho”, ¡qué cariño!, iba con unos de los discípulos que lo querían mucho y veían en Estanislao a su maestro, entonces apenas entré yo, dijo el acompañante de Estanislao: “Fernando, lástima que tu papá fuera un gran escritor pero que nunca escribiera poesía”, entonces Estanislao se enojó y dijo: “Hombre, toda la obra de Fernando está impregnada de poesía”, y la conversación a otra cosa. Eso fue unos meses antes de morir Estanislao. Entonces, ¿qué hay entre ellos dos?, pues una afinidad como esas de la naturaleza, afinidades que uno llamaría en la búsqueda, en la rebelión, en la gana de claridad, en el gran fastidio de lo circundante, en la afirmación de la distancia que hay entre este medio colombiano y una persona que sea libre y piense; porque creo que hoy la soledad colombiana es más vigente que nunca,

somos absolutamente exilados en una cosa hedionda.

Mi papá hace cincuenta años en la *Revista Antioquia* dice, criticando a López y a Santos y a Ospina: “Si los gobernantes de Colombia siguen así, llegará el momento en que ni siquiera en las cárceles estaremos seguros”. Veo lo de hoy: todo profetizado. Entonces no solamente los unía ese ardor en la lucha, esa lucidez, esa soledad, sino en cierto sentido algo de premonitorio, de profético, porque la prueba es que hoy la gente se emociona con Estanislao, ven en él un camino, lo mismo es con lo de mi papá, pero a pesar de todo, porque ellos no tuvieron grupo político ni social ni económico que los impulsara, ellos surgen por la misma vida que representan, por el mismo futuro, claro que la vida se empuña y se muestra a sí misma. Ellos eran muy cercanos, quienes tratan hoy de hacer una escisión, de esquemizarlos, algunos inclusive oponiéndolos, de eso no hay nada, yo diría que hay una comunión, pero con mayúsculas. ©

* Fragmento de una entrevista a Fernando González hijo realizada en video por Antonio Dorado en diciembre de 1999. La transcripción es de Sandra Salazar.

La aventura del siglo XX

por EDUARDO ESCOBAR

Ilustraciones: Camila López

Jean Paul Sartre, nacido en 1905, tenía cuarenta años cuando pronunció la conferencia fundacional del existencialismo, que provocó un escándalo en los círculos culturales de Francia y lo convirtió en uno de los hombres esenciales de su época. Ahora, visto con la perspectiva de los años, Sartre se ha convertido en una curiosidad antropológica e incluso en un pensador descañado cuyas reflexiones apenas vale la pena considerar, pero aún conserva la distinción de haberse comprometido con energía y tenacidad implacables con los grandes problemas sociales de su tiempo. Lo cual hizo de él el testigo acusador de sus crímenes y hasta su cómplice necesario, pues tardó en reconocer las atrocidades del estalinismo en Rusia ante las cuales hizo la vista gorda. La fidelidad a los sueños lo condujo sin querer a la mala fe, como a muchos intelectuales coetáneos suyos a lo largo y ancho del mundo. García Márquez enterado de la ruidosa de los derechos humanos en la isla de su amigo Fidel Castro solía decir en la intimidad que no se refería al asunto para no unirse al coro de los enemigos de la revolución cubana. Y el propio Castro para disculpar las miserias de su experimento social afirmó que había un socialismo real y un socialismo para idealistas, pero que solo el fascista aspiraba a la perfección.

Sartre ya había publicado su novela emblemática, *La náusea*, en 1938, los cuentos *El muro*, en 1939, y *El ser y la nada*, en 1943, un trabajo que lo consagró en los medios académicos como un renovador de la fenomenología de Husserl y de las ideas de Martin Heidegger, aunque es un texto que pocos han abordado. Pero fue su conferencia sobre el existencialismo lo que vino a convertirlo en un escritor popular, leído y discutido, y el de más vasta influencia después de la segunda guerra y su posguerra. Todas las

guerras tienen en común que a la postre se enfrían y se extinguen sobre un montón de ruinas y polvo dejando espantosos desconciertos y crisis espirituales a veces lindantes con el irracionalismo. Después de la primera surgió en el suizo café Voltaire el movimiento dadá que pretendió transfigurar la locura en un estado noble y hasta deseable, después de la espantosa conflagración, del largo proceso de destrucción mutua al que se entregaron las naciones de Europa durante un cuatrienio dantesco.

El existencialismo, dijo Sartre en su conferencia, estaba destinado estrictamente a los técnicos y los filósofos. Pero pronto se volvió una moda, un modo de escribir y una manera de vestirse: un gesto vacío. Y también justificó una cierta bohemia, la camaradería de los intelectuales y los artistas de la "rive gauche", reunidos en los cafés de la orilla izquierda del Sena, donde aún se servía el ajenjo después satanizado, y comenzaba a oírse una nueva forma de la tristeza: el jazz norteamericano cuyo aporte a la música contemporánea fue reconocido muchas veces por los críticos, y cuyas técnicas fueron utilizadas por músicos de la vanguardia como Stravinski y el misterioso Eric Satie y hasta por músicos rusos más o menos afines a los comunistas como Shostakovich.

El idilio de Miles Davis con la cantante existencialista Juliette Greco fue un acontecimiento social en el París de la amarga paz que siguió a la derrota de Hitler. Las estrellas negras del jazz disfrutaban de la paz americana de dólares baratos en los cafés de los seguidores de Sartre. Allí no eran discriminados como en su patria que los obligaba a entrar en los hoteles de lujo de sus presentaciones por la puerta de las basuras. Aun si contaban con la protección de Pannonica Rotschild, la multimillonaria inglesa descendiente díscola de la más famosa de las dinastías judías, que hizo con

muchos de ellos el papel de una madre sustituta, alcahueta y manirrota.

Sartre opinaba que el jazz era como las bananas: para consumirlo donde se producía. Era difícil de contentar. Y se conocen pocos datos sobre la música que prefería. Aunque es posible que haya compuesto por dinero letras de canciones para los traganiqueles. Como hicieron otros escritores de su entorno, entre quienes se destacó Jacques Prévert, autor de las palabras de *Las hojas muertas*, una canción que pertenece a la lista de las clásicas del siglo, con innumerables versiones a cargo de las figuras más queridas de la crónica musical del siglo XX.

Algunos radicales del existencialismo pensaron que en venganza con un mundo injusto y absurdo era válido el suicidio, y se mataron para refrendar la fe en la libertad sartreana y en su definición del hombre como un ser hecho para la muerte. Sin embargo, en su conferencia Sartre separó el existencialismo de la desesperanza que se le atribuyó. Y dijo que era más bien una doctrina que hacía posible la vida humana.

El existencialismo propició además una jerga plagada de preposiciones que habló del hombre como un ser en sí y para sí y condenado a ser libre. Marx había dicho que la tarea de la filosofía había sido interpretar el mundo pero que era preciso liberarla de su papel de sirvienta de la teología, para ayudarla a poner las cosas patas arriba. Eso no es gracia. Así las ven los borrachos. Y así las vio a veces Sartre con su ojo fosilizado detrás de la pipa pensativa, mientras se apropiaba de las ideas del marxismo y del psicoanálisis, realizando una amalgama que habrían de continuar Marcuse y sus amigos de la escuela de Frankfurt, más tarde los guías de la generación jipi, más próxima sin embargo a las fantasías religiosas del budismo y la simplicidad taoísta que a las construcciones de la filosofía occidental. Su

ensayo sobre Baudelaire está en clave psicoanalítica. *San Genet*, escrito en clave teológica, aspiró a probar que un ladrón, y homosexual declarado, cuando eso no se usaba, puede superar moralmente a Santa Teresa. No es extraño que ocupara un lugar de honor en el índice de los libros prohibidos para todo católico según la lista del Vaticano.

Para acercarse a la crónica del existencialismo la caudalosa autobiografía de Simone de Beauvoir es un recurso inmejorable. En media docena de volúmenes de dimensiones heroicas la mirada femenina alumbró a Sartre y sus camaradas: las discordias políticas, los líos de faldas, los celos profesionales, los libros que leyeron, las obras que escribían, las películas que vieron. Beauvoir dijo de su amigo Aaron que se había convertido en uno con quien ni siquiera se podía ir a cine, cuando este se atrevió a repudiar las fantasías del marxismo de su novio. Y su amante en un rapto de irracionalidad semejante habría de decir que la Renault es el fascismo, que quien no es comunista es un perro y que al mundo le iría mejor sin los hombres. La subjetividad que defendió Sartre en su conferencia paró a veces en un nuevo dogma y en el incierto resentimiento de un escritor burgués que se sentía autorizado para tener siempre la última palabra en la discusión de todas las cosas que inquietaron el siglo XX, dado a la diatriba y la sospecha sobre todo lo razonable después de la masacre espantosa de la segunda guerra.

Las memorias de la señora Beauvoir testimonian sobre el existencialismo más allá de las implicaciones filosóficas. Sartre, fuera de *Las palabras*, un breve texto autobiográfico de 1964, fue poco dado a hablar de sí mismo, aunque en su intimidad, según se supo después, se sintiera el mejor de los franceses, poco menos que un dios a pesar de su aspecto sombrío, su erotismo desaforado y su

egotismo. En cambio, en la autobiografía de su mujer es omnipresente desde cuando se encontraron en la universidad recién salidos de la adolescencia y pactaron una unión en libertad, sin ataduras, una monogamia singular que solo desató la muerte. Y juntos acabaron de crecer y se formaron y recorrieron el mundo entre la China de Mao y la Cuba de Castro a la que Sartre dedicó un libro, *Huracán sobre el azúcar*, hasta la separación del abrazo postrero en el anfiteatro, que ella relata con un alejamiento lindante con el naturalismo literario, en *La ceremonia del adiós*, donde describe a su amante con las arterias destrozadas por las drogas que usó para mantenerse despierto y cumplir con la misión a la cual se sentía predestinado, explotado por sus alumnas, y sin control sobre sus esfínteres. Ni siquiera podía escribir. Pero contra la minusvalía Sartre se dedicó a conceder innumerables entrevistas, incapaz de renunciar a un papel en la sociedad moderna como teórico y ejemplar paradigmático de lo que el siglo XX llamó el compromiso de los escritores. Confió a pie juntillas en el poder de las palabras para cambiar el mundo. Aunque a veces era más modesto. Y desconfiaba del poder de los intelectuales. En *La ceremonia del adiós*, su novia ya vieja, a pesar de su repudio del romanticismo y de la sensiblería, cuenta cómo pidió permiso a los médicos de la morgue para echarse junto al despojo del hombre al que le rindió una fidelidad más honda que la fidelidad de la carne.

El meollo de *El existencialismo es un humanismo* es el enigma de la libertad. Sartre advierte, puesto contra las viejas filosofías de Kant y Hegel, y alargando las líneas del pensamiento de Marx, que el hombre en un mundo sin dios debe convertirse en su propio proyecto y que al decidir sobre lo que quiere ser decide por todos los demás hombres. Un pensamiento que tiene sus raíces, probablemente, en Feuerbach, cuyos textos sobre el cristianismo eran lectura obligada de los hombres de izquierda.

Mark Lilla en *Los pensadores temerarios*, un libro dedicado a los intelectuales en la política, repasa la vida de los más notorios escritores comprometidos del siglo XX. Heidegger, Arendt, Schmitt, Foucault, Derrida. Entre todos componen una fábula trágica, unos adictos del marxismo, que Aaron llamó el opio de los intelectuales, los otros desde su adhesión a los nazis. A Lilla le faltó en el inventario el nombre de Sartre. Que a partir de su famosa conferencia derivó hacia un comunismo recalcitrante, como compañero de ruta porque nunca militó en el partido, en una postura que habría de arrastrarlo al fundamentalismo. El fundamentalismo que ocasionó la ruptura con uno de sus mejores amigos, el argelino Albert Camus, porque se negó a pasar por alto las miserias del gulag.

En mi libro de ensayos *Cuando nada concuerda* establezco un paralelo entre estos dos hombres descolantes del existencialismo francés y descubro que por esos misterios de la vida y de la historia, Camus que parecía una figura segundona junto al olímpico Sartre, sigue vigente, mientras la relevancia intelectual de Sartre se ve desvanecida. Por una razón. Camus condenó la violencia. Y contra todas las desventuras del siglo conservó la ternura que Sartre reprimía como un lujo burgués, y el amor por la naturaleza, el aire y la luz de las playas africanas, ante las cuales Sartre, un parisino, un ser urbanizado hasta el

túetano, permaneció insensible. Sartre pensaba que el terrorismo es la bomba atómica de los pobres.

Sartre dictó su conferencia el lunes 29 de octubre de 1945 en el club Mainenant. Anunciada con bombos y platillos, dijo Boris Vian, un novelista del círculo sartreano, el acto superó las expectativas. Se esperaba una reunión de amigos y unos pocos adversarios de adorno pero la cita terminó en una manifestación multitudinaria con empujones, destrozos de sillas y damas desmayadas. A partir de entonces Sartre se transformó en el símbolo de una generación y en el juez acucioso de una época conflictiva. Que al final de su vida encabezó las marchas de los maoístas franceses validándolas con su prestigio, para protegerlas de los ataques de la policía. Después del triste, opaco papel que desempeñó la izquierda ortodoxa en el movimiento de mayo del 68, Sartre consideró que su deber era correrse a la extrema izquierda del espectro político. Tal vez por amor al protagonismo de los extremos.

La conferencia de Sartre no estaba destinada a la publicación, y no tuvo el honor de la imprenta hasta que un editor en 1946 se lo concedió, sin permiso de Sartre, según algunos. Aunque es posible que este lo compusiera todo siendo como fue. Es preciso recordar que después de renunciar al Premio Nobel dejó pasar un tiempo y escribió a la academia sueca a ver si era posible reclamar el dinero de todos modos.

Sartre en su grandeza fue un monstruo de ambigüedades e inconsecuencias, como su mujer. Ella contemporizó con el gobierno de Vichy después de ser expulsada de la enseñanza por un escándalo sexual con una alumna, trabajó en una emisora colaboracionista y aspiró al premio Goncourt dominado por las autoridades de la ocupación. Ante

las cuales él también intrigó para que se le permitiera presentar su teatro. Y no dudó en sustituir a un profesor de filosofía desbancado por su ascendencia semítica en un incidente que recuerda el que manchó la reputación de Heidegger a propósito de Husserl.

A pesar de sus contradicciones, que la muerte hizo transparentes, Sartre fue el dueño de la verdad para muchos intelectuales en todo el mundo, una especie de papa del ateísmo moderno. Muchos, antes de emitir una opinión sobre cualquier evento, la guerra de Vietnam, el fusilamiento de un revolucionario, primero trataban de adivinar lo que Sartre habría pensado del asunto.

Aunque en *El existencialismo es un humanismo* dijo que el existencialista no confía en la pasión, Sartre hizo de la escritura la pasión de su vida. Y defendió su literatura de quienes pensaban que privilegiaba lo morboso, aunque nunca falta el morbo en sus novelas, sus cuentos y sus dramas de tesis. En últimas, dijo en la legendaria conferencia, el existencialismo es un optimismo, una doctrina de la acción, y solo por mala fe, confundiendo su propia desesperación con la nuestra, los cristianos pueden llamarnos desesperados.

A estas alturas si uno se pregunta por lo que Sartre significa para el hombre de hoy encuentra una respuesta: nada. Sartre dijo al final de su vida, con resignación: se hizo lo que había que hacer, se hizo lo que se pudo. Pero como el marxismo, y el psicoanálisis, es hoy arqueología cultural. Y sus novelas, con la excepción de *La náusea*, resultan ilegibles y cándidas. Lo mismo que los dramas sobre Prometeo y sobre el infierno que son los demás.

Después de un funeral multitudinario que algunos comentaristas entendieron como la última manifestación del mayo francés, el caso Sartre es un

episodio pintoresco en la crónica de una sociedad que acabó por convertir la entelequia del individuo en eso que los publicistas llaman la clientela y los políticos la masa, en un ente cuyos problemas de conciencia están definidos por el rol social o por la marca de la ropa que usa y que cuando ataca ese estado de ánimo que Heidegger nombró el llamado de la nada, siempre puede acudir al aturdimiento de las discotecas contra el vacío, enviarle a alguien un mensaje de texto por el teléfono de última generación o cambiar de automóvil si tiene cómo.

Hace días el joven redactor de una revista me preguntó cómo había vivido la gran fiesta colectiva de mayo del 68, porque eso fue, una fiesta callejera y multitudinaria. Y me pareció que había sido el broche de cierre de la última esperanza de la utopía y un descalabro en cabeza propia. Y me acordé de Rudi Dutschke, el joven anarquista alemán sobreviviente a un atentado preparado por un contemporáneo ultraderechista en abril de 1968 y muerto en 1979 en su bañera durante un ataque epiléptico. Un mes después del atentado, estaba llorando París y las paredes se llenaron de consignas extrañas: prohibido prohibir, la imaginación al poder, toma tus deseos por realidades. Y recordé algunas imágenes. La visita de Sartre a Daniel el Rojo en la cárcel. Su encuentro nocturno con el Che Guevara en el banco central de Cuba, cuando los billetes cubanos llevaban la firma del argentino. Sus marchas por las calles de París envuelto en las banderas de los maoístas, repartiendo los periódicos de la extrema izquierda. No se avergonzaba de los desmanes de la revolución cultural, una especie de jipismo de los comunistas chinos, con una diferencia con el jipismo de occidente: que el levantamiento juvenil de los chinos fue estimulado y financiado por un Mao senescente y por



la arpa de su mujer, una exbailarina sin escrúpulos que después fue juzgada y condenada.

El sueño de los niños de las flores comenzó a frustrarse esa primavera de París. El idealismo de los baladistas anglosajones que contagiaron el mundo con sus rimas y guitarras se unió al pragmatismo marxista formando una sopa inesperada. Y el repudio de la violencia siguiendo los mandatos de la inacción creadora de Lao Tse y la caridad de Jesús y la no resistencia de Gandhi se contaminó con la noción de una ira legítima que levantó los adoquines de la ciudad luz y confrontó a la policía francesa en las universidades. El intento tuvo la belleza del fracaso. Un fracaso que redondeó la matanza de la plaza mejicana de Tlatelolco, en octubre del mismo año.

Como en los días de la Comuna Marx esperó en vano que los campesinos apoyaran el levantamiento obrero, los líderes estudiantiles del mayo francés se quedaron aguardando que los trabajadores industriales participaran en la sublevación. El partido comunista se alineó contra la efervescencia juvenil que acompañaba más bien simbólica que efectivamente el más reputado de los escritores de Francia, que odiaba a De Gaulle. Aunque este había dicho en rechazo de las insinuaciones de su jefe de policía, que Francia no podía detener a Voltaire. Sartre sobrevivió doce años más. De Gaulle murió dos años después de la revuelta.

El movimiento coincidió también con la muerte infeliz, en Bolivia, del Che Guevara, que la insurgencia juvenil había cristificado. Y con los crímenes de la pandilla del nombrado por un poeta nadaísta el genocida de Cielo Drive. Un hombriccito insignificante llamado Manson, que se asumió como nuevo Hijo del Hombre, el vástago desadaptado de una prostituta, que había pasado casi toda su vida en los reformatorios, y aspiraba a fomentar por el desorden gratuito, una gran revuelta de los negros contra los blancos ricos de los Estados Unidos.

Por raro que parezca, aquellos años calificados de maravillosos por los cronistas fueron los más violentos del siglo XX según la estadística. Detrás de las guitarras y las diademas de margaritas bullía el malestar de la cultura, en medio de una prosperidad como no había conocido la historia de la humanidad. Por alguna razón poética poco más tarde los norteamericanos pisaron la superficie lunar, iniciando la fuga hacia las estrellas del porvenir. Y sellando la superioridad de la técnica sobre las ruindades de la política y de la cháchara filosófica.

En la feliz confusión de aquel mayo el comisario máximo del partido comunista francés dijo despectivamente que Daniel Cohn-Bendit era un simple judío alemán. Olvidando que Marx también lo era. Y los estudiantes alzados

le respondieron que en ese caso todos eran judíos alemanes de ocasión. Francois Truffaut, icono de la cinematografía de aquellos años, dudó si ponerse del lado de las policías francesas, proletarios, o de los estudiantes, burgueses acomodados, en una burda simplificación. Pero estos, que tuvieron a flor de labios una respuesta para todo, declararon que no se podía confiar en nadie que tuviera más de treinta años. Con una afirmación que hizo suya Andrés Caicedo, un muchacho caleño que terminó suicidándose con barbitúricos después de escribir un grupo de relatos emblemáticos de una generación en la literatura colombiana. Aunque nadie ha hecho la tarea de averiguar si valen algo más allá de su valor testimonial. Truffaut, valga la alusión, fue un devoto rendido del símbolo sexual de esa generación de los existencialistas, la hermosa Brigitte Bardot, que después, retirada de las cámaras, se dedicó a proteger a las focas de la depredación de los peleteros, lo que no le impidió castrar un burro que se atrevió a profanar las rosas de su jardín. Y a quien el poeta nadaísta Amílcar Osorio dedicó una oración.

Los jipis huyeron de la prosperidad de sus hogares a la incomodidad de los suburbios donde instalaron sus carpas, sembraron lechugas y leyeron a Blake y Rimbaud. Algunos han visto en la época la tiranía de la adolescencia. Cuando los adolescentes de las ciudades capitalistas descubrieron al mismo tiempo el poder de comprar y el hastío de las sociedades de consumo. La época presentaba todos los síntomas de esa edad conflictiva y cándida en sus propósitos y sus métodos. Y los universitarios de los países desarrollados amasaron en el mismo bollo increíble el pensamiento económico de Marx y la filosofía disidente de Marcuse con las fantasías de coainómano de Freud. Liberación fue la palabra de moda. El rechazo a los padres, la crítica de la autoridad, el derecho a soñar. Todo lleno de inocencia en medio de un gran desgano. Los jipis alrededor de las hogueras de las comunas de la familia abierta proclamaban una nueva sensibilidad. Contra el matrimonio el amor libre, contra el trabajo el ocio creativo, contra la guerra la ternura. Toda Tierra es Tierra Santa, proclamó Timothy Leary, el profeta del ácido lisérgico, que primero quiso convertir el LSD en la eucaristía de una nueva iglesia del hedonismo hasta que se vio obligado a esconderse en México de las autoridades norteamericanas.

Nada era nuevo aunque todo parecía novedoso. Visto en perspectiva, sin nostalgia, mayo del 68 reeditó por alguna razón oscura, en el siglo XX, las experiencias de los valdenses medievales, y los seguidores de Joaquín de Fiore, espantados por la hipótesis de un apocalipsis

quimérico. Con una diferencia: los niños de las flores de los años sesentas, entre quienes me conté, sobrevivimos al espanto de la amenaza real de la guerra atómica, y si también estábamos llenos de esperanza no era la esperanza en el cielo prometido por la metafísica, sino en la de la tierra edenizada por la desnudez y una nueva pureza que aspiraba a devolverle a la vida un sentido, más allá de los sortilejos de la sociedad de consumo.

El poder de los adolescentes se manifestó con frenesí en San Francisco, Nueva York, en las temibles guardias rojas de Mao que revolcaron China, en los primeros héroes de la resistencia a la policía estalinista en Europa Oriental, en los motines universitarios en Estados Unidos, las asonadas del Poder Negro y las brigadas rojas italianas y alemanas de un idealismo asesino. Y en Colombia, claro, hicimos la caricatura de todo, en los suburbios de la civilización. Y los poetas nos dedicamos a producir una cantidad aterradora de poemas militantes que no hicieron más que maltratar la poesía sin beneficiar el porvenir.

El jolgorio degeneró en pánico. En homicidas seriales como Charles Manson, o como la banda alemana de Baader Meinhof. Pero a pesar de las miserias quedaron sentadas unas cosas. Los pobres dejaron de ser una fatalidad teológica para ser un problema moral de la sociedad entera y cambiaron las relaciones entre los hombres y las mujeres y entre los padres y los hijos. A pesar del sentimiento de frustración muchas cosas no volverán al estado anterior. El mundo enfrenta hoy otros peligros: el empobrecimiento ambiental, el envilecimiento creciente de las masas consumistas de las megaciudades, la crisis energética, el terrorismo religioso, las corrupciones de las gerentocracias, los contratistas y los políticos en todas partes. Y la mezquindad de una sociedad estragada por la insensibilidad del mercado y la brutalidad financiera. Incapaz de desesperar. Sumida en la inconciencia de los artilugios electrónicos.

Mayo del 68 es hoy una fábula que contaremos a nuestros nietos sin remordimiento. Con el orgullo de haber aspirado a lo imposible. De haber participado en una gran aventura que culminó con el funeral multitudinario de un anciano alcohólico, como último acto del drama de una generación que quiso cambiar el mundo, que siguió su marcha dejando un montón de mártires, literaturas, películas y canciones. Nadie puede culparnos. Ni existe razón para envanecernos. Después de todo, las cosas nos sucedieron, mientras nosotros creíamos ejercer la libertad soberana, el arcano que Sartre no fue capaz de desvelar con su obra. Y que para los neurólogos de hoy sigue siendo apenas una hipótesis nada más. ☺

Compran y compran y compran sin pensar...

La diferencia está en que aquí queremos que pases una navidad tranquila, por eso te invitamos a ahorrar y a pensar bien antes de endeudarte.

La diferencia está en Confiar

confiar
COOP

SUPERINTENDENCIA FINANCIERA DE COLOMBIA

MARTES Y MIÉRCOLES A PARTIR DE LAS 7:45 P.M.
- CLASES GRATIS DE SALSA - COCTELES 2x1

MÚSICA EN VIVO DE JUEVES A SÁBADO

Carrera 73 #44-56 | 5869082 - 3103397175 | sonhavenabar@gmail.com | SDN HAVANA | @SDNHAVANA

UNIVERSIDAD **EAFIT** **Generación E**

Como beneficiario de **Generación E** tu inscripción **no tiene ningún costo**. Encuentra los pasos a seguir en www.eafit.edu.co/generacione para que en el **2019 estudies tu pregrado en EAFIT.**

¡TE ESPERAMOS!

Informes:
mercadeo@eafit.edu.co
Teléfono: +57(4)2619500 ext 9987 ó 8878 | WhatsApp (314)6860949
www.eafit.edu.co/generacione

Inspira Crea Transforma | Viglada Mineducación

Ai Acreditación Institucional
Renovación 2018-2026
Resolución MEN 2158 de 2018

www.eafit.edu.co | YouTube | Instagram

MAHARISHI Y EL BRAZO PECOSO DE FABIOLA

por LUIS MIGUEL RIVAS

Ilustración: Mónica Betancourt

Quién iba a pensar que aquella relación estrictamente carnal con Fabiola me abriría el camino a las enseñanzas espirituales del Maharishi Mahesh Yogi. A Fabiola ninguno de ustedes la conoce (de hecho yo hace muchos años que no la veo) pero al Maharishi lo recuerdan hasta los más legos en asuntos trascendentales por su célebre relación con los Beatles a finales de los años sesentas. Aunque no fue esa faceta farandulera del gurú lo que me llevó a él. Tampoco un interés inicial por su sabiduría. Más bien dos cuestiones prosaicas: el trago y el sexo.

Todo empezó con un libro que compré para un amigo, sobre un tema que no me interesaba: *Meditación trascendental*, escrito por Jack Forem. Cuando lo vi en la librería pensé: a Luisfer que le gustan tanto todas esas cosas le va a encantar este. Pero antes de poderse lo entregar la vida dio un giro radical y tuve que internarme intempestivamente en una granja de resocialización para adictos. En el afán del internamiento solo alcancé a empacar dos mudas de ropa y el único libro que tenía a mano. Una vez inmerso en la terapia no tuve otra opción para aprovechar el poco tiempo de lectura que nos permitían que echar mano, sin mucho interés, del libro que había comprado para mi amigo.

Recuerdo que me llamó la atención una de esas frases generales con aire axiomático sacadas del sentido común que acostumbraban los libros de autosuperación, pero que en ese momento y en esas circunstancias me pareció reveladora y contraria a la convicción de oscuridad innata e inmodificable que por entonces le atribuía a la vida. Decía algo así como que “todo lo vivo surge para expandirse, nada nace para decrecer”. Y luego sustentaba la afirmación con ejemplos concretos y argumentos científicos. El libro hablaba además de una técnica que permitía acceder a espacios

mentales de claridad mucho más profundos y verdaderos que los del alcohol y las drogas. Al final había una lista de sedes en distintas ciudades del mundo donde se impartían tales enseñanzas. Busqué con interés la palabra Medellín, pero para los editores de ese texto publicado a comienzos de los años setentas en Estados Unidos no existía ni siquiera en Colombia. La cosa quedó así, me olvidé del asunto y seguí confinado en ese tratamiento durante casi un año.

Cuando volví a la civilización, endeudado y sin un peso, conseguí trabajo en una ONG como tallerista de periodismo en la cárcel Bellavista. Allí fue donde conocí a Fabiola. El primer día el coordinador me llevó al salón donde se hacían las sesiones de aeróbicos y gimnasia para presentarme a mi compañera de equipo. Lo primero que vi al

entrar fue el fragmento de un hombro acaramelado con goticas de sudor y un brazo pecoso y suculeto que surgía de la manga sisa. De inmediato sentí reverberar mi segundo chakra, el sacro o *svadhithana*, que conecta directamente con el aparato reproductor. Fabiola, según me contó después, fue cruzada por un calambrazo en la columna vertebral ante la presencia de lo que consideró una virilidad frágil, mezcla de macho cabrío y nena desvalida, que despertó una incontrollable urgencia de proteger y devorar. Esa tarde nos encontramos a la salida de la cárcel y sin muchas palabras caímos presos (valga el símil fácil pero certero) de una pasión animal que durante varios meses nos llevó a pasearnos por moteles y residencias de toda la ciudad. Y en medio de todo eso nos hicimos amigos.

Un sábado por la tarde, después de uno de nuestros encuentros, bajaba por Maracaibo rumbo al paradero de buses cuando, media cuadra antes de llegar a Girardot, vi un letrero grande en el ventanal de una casa vieja: Meditación trascendental, Maharishi Mahesh Yogi, charlas informativas, cursos y talleres. Me detuve y toqué el timbre. Llegó una mujer de rostro blanquísimo, la piel inmaculada y casi artificial de una vida demasiado sana, que se presentó como Edna. Le pregunté por los cursos, me mandó a entrar y con gesto inexpressivo y rigor pedagógico me explicó los pormenores de la meditación y la metodología de los cursos. Escuché entusiasmado hasta que llegó al tema de las tarifas y supe que el costo para acceder a ese conocimiento cósmico era estra-tosférico. Cuando vio mi desánimo dijo

que sin embargo tenían algunos precios especiales y ciertas facilidades de pago. Pero no quise escuchar más y salí. Al llegar a la esquina de Maracaibo con Girardot me encontré con Carolo, un antiguo compañero de parrandas, que se alegró mucho de verme después de tanto tiempo y me invitó a tomarnos “alguito” en Parque del Periodista. Inicialmente le dije que no porque andaba juicioso, pero cuando dijo que solo un ratito dije que sí. Nos sentamos en la acera y traje dos cervezas. En principio le dije que no, pero cuando argumentó que un encuentro de esos no se daba todos los días dije que sí. Y de ese modo sencillo y lleno de sentido, como las cosas importantes de la vida, recaí en el alcohol.

Días después, en el motel Aries, inmerso en el trance de liviandad y apertura espiritual que sucede a la pasión carnal, le conté a Fabiola mi reencuentro providencial con las enseñanzas del Maharishi y la imposibilidad terrenal de acceder a ellas. Esperaba un gesto solidario o unas palabras de consuelo pero lo que su rostro me devolvió fue una mirada de encendida lujuria. Al parecer la confesión de otra de mis limitaciones había reavivado sus pulsiones eróticas recién satisfechas. Me estrujé como a un bulto de papas y me dio vuelta al revés y al derecho sobre un sillón. Yo me concentré en su brazo suculeto y me olvidé del Maharishi.

El tema no se volvió a tocar hasta que la semana de mi cumpleaños, en una oscura habitación de las residencias Marriot, Fabiola me entregó un sobre. Es mi regalo, dijo haciendo un guiño. Lo abrí pensando en un bono para alguna librería pero me sorprendí cuando vi que era la matrícula para el curso básico de meditación trascendental. Dije el consabido ¿por qué te pusiste en esas? con no sé qué gesto de humildad que ocasionó una nueva arremetida volcánica.

Fui al miércoles siguiente a la casa de Maracaibo llevando en mi mochila los objetos requeridos para el rito de iniciación: una manzana, un pañuelo blanco y media libra de arroz. Me abrió una señora canosa que sin decir palabra señaló dónde sentarme a esperar el turno. Observé los afiches de la pared con esquemas y fragmentos de estudios científicos que demostraban los beneficios de la meditación trascendental para la inteligencia y la memoria y me entusiasmé con las posibilidades de recuperación de mi cerebro estropeado. Luego miré con detenimiento un cuadro explicativo de los niveles de consciencia que se atraviesan por medio de la meditación constante para llegar a la fuente de energía donde todo se sabe, todo se acepta, y donde hay una felicidad y una comprensión plenas. En esas se abrió la puerta del fondo y apareció Edna vestida con una túnica delgada y colorida que dejaba transparentar su cuerpo imperturbable y asexual. Expuso la precaria sonrisa que permitía su piel tensa y me invitó a pasar a la habitación.

Adentro el olor a sándalo y el blanco refulgente de las paredes daban una sensación de liviandad irrealidad. La limpieza absoluta de todo el entorno iba más allá de los alcances de la escoba, la trapeadora, el balde y el jabón. Pensé en el nirvana soñado por una madre antioqueña que pasa y repasa una olla con la esponjilla metálica. Al fondo, un altar presidido por la foto del Maharishi Mahesh Yogi con su risa un tanto burlona y ese aspecto endeble como a punto de desbaratarse en

cada momento. Frente al Maharishi había una mesa con mantel del mismo blanco relumbrante de las paredes, lo que daba la impresión de que los granos de arroz y las frutas regados frente a la foto estuvieran flotando. Ante el altar, dos sillas Rimax que no me parecieron muy a tono con la atmósfera celestial. Edna ocupó la silla de la derecha y tomó una tabla de madera que había sobre una mesita. Pasó las hojas adheridas a la tabla con un broche metálico y se detuvo en la planilla de mi matrícula. A medida que leía mentalmente hacía preguntas para corroborar los datos. Todo iba muy bien hasta que preguntó a qué me dedicaba y contesté que era comunicador social. Me miró preocupada y bajó la tabla.

—Entonces hay un problema —dijo.

Siempre fui consciente del desprestigio de la carrera universitaria que había escogido pero nunca pensé que pudiera ser un obstáculo para mi crecimiento personal.

—¿Qué pasó? —pregunté preocupado.

—Que la persona que pagó su matrícula dijo que usted no tenía trabajo y por tanto le cobramos la cuota mínima. Pero si es un profesional debe pagar la tarifa estándar de un millón de pesos.

Miré a Edna y luego al Maharishi buscando que alguno de los dos me dijera que se trataba de una broma. Pero ninguno de los dos dijo nada.

—Lo que pasa es que tengo una profesión en la que no pagan salarios profesionales —contesté sinceramente.

Edna siguió como si no me hubiera escuchado. —Como ella solo pagó la mitad usted debe cancelar quinientos mil pesos para poder hacer el curso —dijo impertérrita.

—Pero es que no me alcanza.

Permanecimos largo rato en un silencio incómodo. Volví al rostro dulce del Maharishi esperando que interviniera por su potencial discípulo, pero el Maestro siguió inmutable. Eso me molestó y empecé a ponerme de pie.

—Espere un momento —Edna pronunció la frase sin ningún énfasis, pero la fuerza de su potencia mental me hizo volver a la silla—. Podemos buscar una alternativa. No tiene que pagarlo todo ya mismo. Lo puede hacer en cuotas.

—Es que tengo gastos fijos mensuales que no me permiten meterme en más deudas.

—Puede abonar los quinientos mil en dos cuotas, una la semana entrante y otra la semana de más allá —siguió con su costumbre de no escucharme.

—No me da para pagar en dos cuotas —contesté sin mucha determinación y luego de dudar un momento continué—, aunque tal vez podría pagar en seis cuotas quincenales.

Edna negó con la cabeza y discutimos un rato más ante la mirada ecuaníme del Maestro. Al final acordamos cuatro cuotas de ciento veinticinco mil pesos quincenales. Allí me pareció que la sonrisa de Maharishi se acentuó. Entonces Edna dejó la tabla a un lado y procedió a la instrucción. Me dio todas las indicaciones y mi mantra personal y luego hicimos juntos una meditación en la que casi no me pude concentrar pensando en cómo iba a hacer para pagar las cuotas y con la idea fija de que de alguna manera me habían tumbado. Sin embargo, al terminar la sesión me sentí fresco, dispuesto a asumir la vida con alegría, plenitud y entusiasmo.

Tanto que salí directo para el Parque del Periodista y me emborraché.

A pesar de todo noté que la meditación me hacía bien y en los meses siguientes me convertí en asiduo visitante de la casa de Maracaibo. Y del Parque del Periodista. De ese modo crecieron paralelamente mi capacidad de concentración en la mantra y de dispersión en el alcohol. Me fui alejando de Fabiola quien, cansada de disculpas y aplazamientos, dio con un tipo más macho, más frágil y con más tiempo disponible.

Para fin de año Edna organizó una jornada especial de meditación grupal después de la cual dio una extensa charla para ofrecer los productos de la marca Maharishi, expuestos en el salón de la recepción, que se había convertido en una especie de almacén: aceites, suplementos herbales, lociones, cosméticos, sustancias para el cuidado del cabello, *ghee* o mantequilla ayurvédica, objetos de protección electromagnética, todos con la garantía de calidad del Maharishi Mahesh Yogi que aparecía en cada una de las etiquetas con la sonrisa próspera de quien nunca ha tenido que coger un bus. Luego de embutirle la totalidad del surtido a los asistentes, Edna habló del próximo curso avanzado que nos permitiría alcanzar el nivel de *siddhi* en el cual era posible lograr la levitación. Me imaginé flotando pero la emoción no duró mucho porque Edna se encargó de aterrizarme: el curso valía tres millones de pesos. Entonces no me contuve e hice la pregunta que tenía en la garganta desde el primer día.

—¿O sea que si uno no tiene plata no puede evolucionar espiritualmente?

La mayoría de los presentes me miró con incomodidad y pena ajena. Pero Edna, imperturbable, se extendió en una explicación meticulosa.

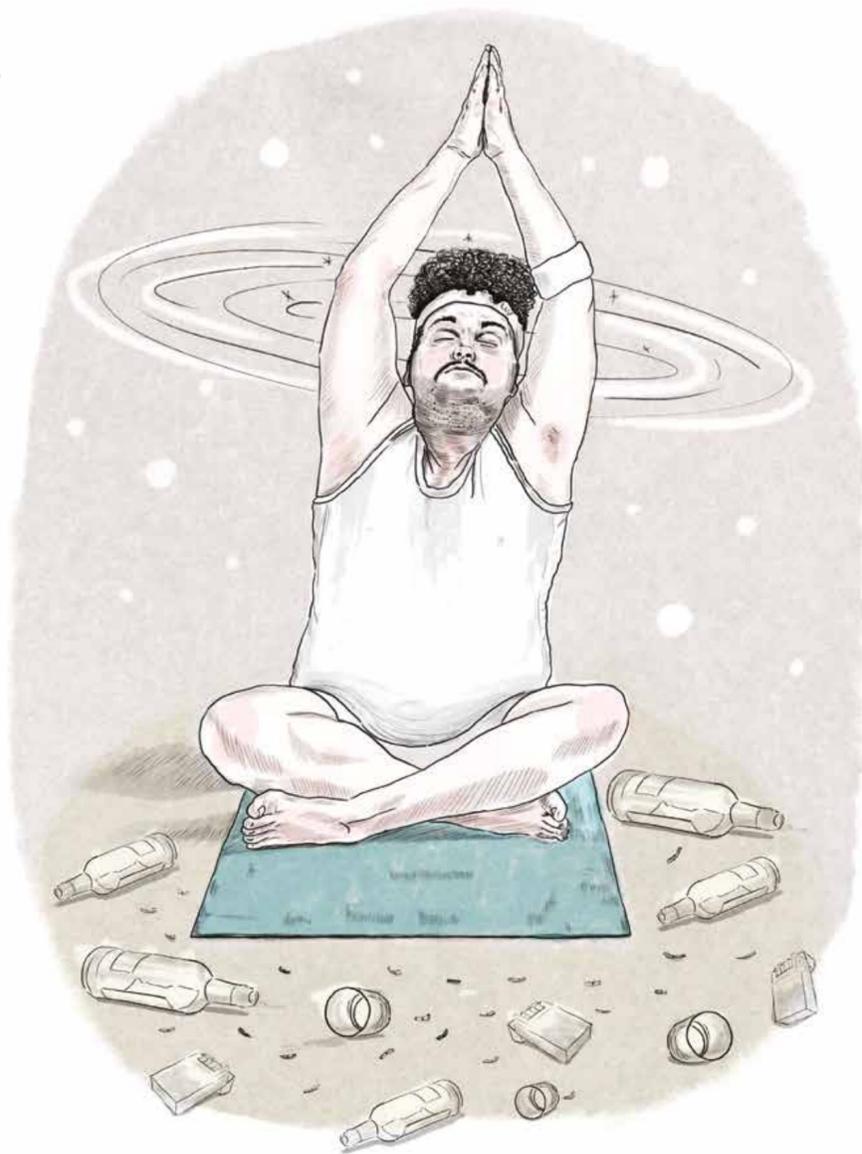
—La plata es materialización de energía. Si tienes plata estás en posesión de una cantidad de energía, ya sea que la hayas heredado de alguien o la hayas logrado vos mismo. Si en esta primera etapa has realizado bien tus meditaciones tu mente se debe haber abierto y tu potencial energético concentrado para lograr lo que buscás en este mundo. Así que si no podés conseguir los tres millones de pesos es porque no has meditado lo suficientemente bien, y por tanto todavía no estás en el nivel para merecer esas enseñanzas.

La respuesta no me pareció exenta de cierta lógica pero no me convenció del todo. Continué yendo a la casa de Maracaibo durante unos meses más hasta que decidí abandonar al Maestro y buscar caminos espirituales menos onerosos. De eso hace más de veinte años y aún hoy conservo la costumbre diaria de meditar. No he alcanzado la paz absoluta con que se ilusionan los devotos pero estoy mucho mejor de lo que pudieran creer los incrédulos. La otra vez un conocido de Envigado me preguntó con esa manera dictatorial de reducir todo a dicotomías tan común en mi pueblo:

—¿Y a vos pa qué te ha servido tanta puta meditación si seguís bebiendo como un caballo?

—¿Te imaginás cómo bebería si no meditara? —le contesté levantando la copa.

De vez en cuando me acuerdo del rostro de niño senil del Maharishi con gratitud, de la cara de palo de Edna con terror y del brazo pecoso de Fabiola con palpitaciones en el segundo chakra. ☺



El escorpión en la boca

por ÁNGEL CASTAÑO GUZMÁN

Ilustración: Laura Mejía-Posada

"No hables. Mira cómo las cosas a tu alrededor se pudren".

HAT

Una tarde de miércoles, mientras esperaba el turno para subirme al trono del odontólogo, me fijé en una revista dejada en la mesa de centro. Hojeé a saltos varios artículos. Al final encontré un reportaje sobre los gustos y las etiquetas generacionales. Estaba dividido por décadas. Al ir a la mía me di cuenta por vez primera de algo evidente para los de la sala, para mis colegas de la universidad, para la gente del cine de anoche y del restaurante de hace unas horas: estoy en el borde de la vejez. Tras consultar a genetistas,

médicos y gurús del mercado, el periodista trazó con brocha gorda las fronteras de las edades. Ya se considera una persona mayor, eufemismo de viejo, a quien haya traspuesto la puerta de los 39. De esa manera baladí me tropecé con una verdad, aún no sé si dolorosa o cómica: la juventud se me fue para no volver. En breve recibiré la marca de inervible, el sello de mercancía pasada de moda. ¿Saldo de la cita?: tres muelas con caries y unos pinchazos en la encía.

En mi vida las revelaciones no han tenido el buen gusto de presentarse envueltas en nubes rojas ni acompañadas de voces de ultratumba. Me doy de bruceos con ellas cuando la leche se riega o en el ritual de embadurnar el rostro con crema de afeitar. Al llegar a casa abrí un par de botellas de vino y me diseccioné

en el teclado del computador. Por un par de semanas fui un cínico Jerry Maguire. Un señor Anderson sin el mesianismo kung-fu. Un Alvy Singer.

El baldado de agua fría me abrió los ojos y lo que vi no me gustó nada: había llegado a ser un adulto con el pecho lleno de ceniza fría y una cara vacía. En otras palabras, un cliché ambulante, el blanco de mis sarcasmos púberes. Desprovisto de conciencia, me volví un Frankenstein de las rutinas. El apetito de escribir páginas honestas y flamígeras cedió espacio y energía a las maquinaciones para hacerme un nicho en la academia y ligar veinteañeras con devaneos artísticos (fotógrafas, publicistas, pintoras, cronistas, tatuadoras), dispuestas a paliar mi orfandad con mimos y sadomasoquismo rosa. Desde la Copa

América Centenario me lleva a la cresta de la ola apretar el cuello de la amante de turno, quitarle paulatinamente el aire, hacerla rozar el orgasmo por la vía de la violencia consentida. Muy pronto —tal vez a los 31— tuve conciencia de mis limitaciones amorosas, de mi mediocridad en las faenas del tálamo. Los trucos aprendidos en las entrañas del internet y en las secciones íntimas de las revistas para damas me han servido para compensar el gris rendimiento y ciertos rezagos de catolicismo infantil.

Los jóvenes piensan en el ancho mundo, su vista está clavada en las tierras de los ciclopes y los lotos. Los cuarentones matamos el reloj en resolver asuntos menos épicos y líricos: la conferencia del ombligo, la batalla sin cuartel con los vellos insidiosos del arco exterior de la oreja y el festejo de los calendarios idos, de las épocas del bandidaje y la noche. Esta crisis burguesa me llevó a pensar en mí, en mis logros y fracasos. Mi crónica vital a grandes trazos podría resumirse así: con el diploma universitario caliente, encontré la respuesta al problema de la subsistencia enganchándome en clases ocasionales, el primer peldaño de la carrera universitaria. Los cheques puntuales y el lustre de pertenecer a una élite fueron el tiquete de entrada a la máquina. Moviendo con paciencia los alfiles y peones, alcancé la segunda base: el nombramiento como profesor auxiliar. La evolución de aprendizaje de escritor a oficinista del conocimiento fue gradual. Al principio juré, por la memoria de Li Po y de Roberto Bolaño, sacarle tiempo al tiempo y escribir en la madrugada o destinar los fines de semana a redondear por fin un proyecto de novela. Honré la palabra un semestre o dos, lo reconozco. La ficción se atascó en el fango de la lucidez: intenté de mil formas construir una limpia escena de amor y hastío, en el espíritu de Virginia Wolff, de J.D. Salinger. La pareja de protagonistas debía separarse y dejar trozos de sí en el otro. El pasaje nunca cuajó. Siempre caía en el sentimentalismo del bolero o en la crueldad. Adjudiqué el resultado a la inexperiencia. Una noche de tragos lo supe: mi talento narrativo alcanzaba con esfuerzo la categoría de modesto. Estaba fuera de mis posibilidades dotar a las letras de electricidad. La pegajosa luz recibida por la ingesta de ron no me brindó consuelo: me sentí cortado por la tijera de los personajes de Philip Roth, autor al cual en varias bravatas de cantina llamé blando. Las reuniones de comités y la pereza asesinaron a batazos las ganas salvajes de hacer aullar a las letras, de dejar un vestigio.

A los cuarenta años no soy una ruina. Administro con tacto el consumo de sustancias que hace menos sofocante el ocio. Tengo en el banco el dinero suficiente para proporcionarme los gustos de la clase media profesional: un par de conciertos al año, viajes a la costa o al eje cafetero en vacaciones. Vivo de alquiler en un coqueto apartamento de aire bohemio: libros y revistas por doquier, una pila de cedés piratas con películas iraníes y europeas, un respetable suministro de alcohol, algunas bolsas con motas de marihuana y

la escenografía progre de rigor. Los gestores culturales de la ciudad suelen invitarme a participar en charlas y mesas redondas sobre un amplio abanico de temas. Conozco las literaturas de Argentina, Chile, México, Ecuador y Colombia. Gracias a una simpatía dosificada con tino intercambio correos electrónicos con autores incluidos en las listas de Bogotá-39: algunos incluso llegaron a escribir párrafos elogiosos para las contratas de mis libros académicos. Estos y las selfis con Caparrós, Guerriero y Piglia me hicieron una celebridad aldeana, famoso en el metro cuadrado de mi red de amigos, cófrades y estudiantes.

Soy un profesor competente. Preparo las clases y generalmente releo los libros del currículo. Con los alumnos firmé un armisticio implícito: no les exijo más de la cuenta y a cambio ellos toleran mis rarezas. No me lío con las chicas de mis clases: para eso, y por fortuna, la universidad es amplia y generosa en la carne ingenua. No me enorgullece decirlo, pero las reactivas a mi encanto otoñal son las provenientes de familias encabezadas por la madre. No les pido mucho. Migajas de compañía los sábados en la noche, los domingos en la tarde. Se dan conmigo el baño de la trasgresión de salir con un docente y con alguien mayor cuatro lustros, un rito de paso. A la mayoría las quiero con el tibio cariño de quien usa y se sabe usado. Procuró no apegarme a sus relucientes pieles: el amor es la calle oscura en la que auestas y recibes puñaladas, el nudo de una selva posapocalíptica llena de zombis y licántropos. Al cerrar cada vínculo ellas quedan con una biblioteca un poco más nutrida —demuestro afecto con el regalo y préstamo de novelas— y yo con poemas escritos en los periodos de cortejo y de despecho. Nada memorable.

La fugaz vocación eclesiástica paterna fue el motivo de mi nombre. En mi despacho del campus hay un retablo del santo patrono de los jesuitas. En los cocteles saco de la manga la broma de presentarme como Ignacio Escobar y recitar para extrañamiento de la audiencia los versos "Las cosas son iguales a las cosas / Aquello que no puede ser dicho, hay que callarlo". Hago parte de un grupo de profesores —Los Corleone nos bautizaron a nuestras espaldas—. Defendemos con uñas y dientes los rangos y las jerarquías. Nos damos la mano en las publicaciones indexadas y ya conquistamos la cima del puesto de profesor titular para tres de nosotros. Somos una tropa disciplinada: seguimos un cronograma de trabajo y en las convocatorias nos presentamos con un plan diseñado al detalle para que el ganador sea un Corleone. No somos héroes, estamos lejos de serlo, pero la palabra villanos no nos describe con justicia. No inventamos el juego ni sus reglas, solo las seguimos al pie de la letra. Y la primera es salva tu pellejo y el del soldado de al lado. Lo sé: esta práctica no se acopla al concepto humanista de la universidad. En esta pecera se aprende de inmediato a desactivar los remordimientos y a convertir la ética en un lujo.

Mis opiniones políticas caben en el enorme salpicón del progresismo liberal. Quedarme en casa los primeros de mayo no es obstáculo para respaldar en Twitter a la clase obrera y sus exigencias. La retórica de megáfono me abre la mandíbula en bostezos olímpicos. Desde luego no ventilo esto, lo guardo en un lugar seguro, no vayan los camaradas del sindicato a confundirse. Al feminismo de trinchera lo veo con simpatía, apoyo sus consignas pero conservo las distancias. El activismo en general me produce respeto. Lo tomo en serio con el recelo de quien no cambió al mundo y tampoco le interesó hacerlo.

Me odio a ratos y sin estridencias. No con la sorda ferocidad del adolescente. Odio este manojito de obviedades y al escorpión que anida en mi boca. Odio la esperanza de una existencia fascinante y la certeza cotidiana del abismo. Odio la innoble servidumbre de amarme. ¿Cuándo el corazón —obstinado— dejará de ser? Permanezco por la misma causa por la que quiero irme: da igual hoy o mañana, yo o cualquier otro. ☺



Caído del zarzo

Elkin Obregón S.

SERIES EN TRES TIEMPOS

1 Sabemos que por desgracia la máquina del tiempo es imposible y que, como su mejor sucedáneo, hemos de apelar al cine, o, lo que es igual, a la televisión. Dicho lo cual, confiesa este cronista su nuevo amor, nacido de aquellas zonas metafísicas hechas posibles por el séptimo arte. Ama ahora, con cierta discreción impuesta por los años, a la actriz británica Diana Rigg; Diana es hoy una dulce anciana en *Game of Thrones*, creo, o en serie parecida. Pero la que mueve mi corazón, aunque la conocí hace poco, existe en 1965, bajo el nombre de Mrs. Peel, en la serie inglesa *Los vengadores*; comparte allí retos y peligros con el impoluto Mr. Speed, encarnado por Patrick Macnee, cuya principal arma es el bastón que nunca abandona (la de Mrs. Peel es su dominio de las artes marciales), y al alimón enfrentan a espías y villanos de toda índole. Extraña pareja, su platonismo a toda prueba los exime de besos y otras confianzas, preserva su amor (poco después, *miss Rigg* optó al fin por los besos; el elegido fue Georges Lazenby, para el caso James Bond en *Al servicio secreto de Su Majestad*). En resumen, *Los vengadores* se parece a *El Santo*, un Santo a dos bandas. Más allá de obvias diferencias, los hermana una elección, la de los puños y la astucia sobre el exceso de balas; pero a Templar, tan poco platónico como Bond, le faltó su *iron lady*. Él se lo pierde.

2 Las series de esas décadas —sesenta, setenta y aun ochenta— dieron frutos perdurables. Todo aquel que las vio tendrá sus favoritas. Cito algunas de las mías, sin agotar inventario: *Star Trek*, *Ajedrez fatal*, *Cuentos del Mono Dorado*, *El Gran Chaparral*, *Remington Steele*, *Perry Mason*, *Misión imposible*, *El fugitivo*... Sin importar su género, pues hubo de todo, todas presentaban, sobre un esquema básico de personajes protagonistas, episodios autoconclusivos; dicho en buen romance: te sentabas, seguías la historia y a otra cosa. Nada que ver con la invasión actual de series Netflix y similares, que se retroalimentan, *ad libitum*, de la audiencia. Si este cronista fuera mamerto, hablaría de alienación. Pero prefiere alejarse de esas aguas, donde se ahogaría sin remedio.

3 ¿Series colombianas? Las hubo, claro, y de muy buena factura. Ubicando en un definitivo fuera de concurso a *Yo y tú*, la brillante comedia de Alicia del Carpio, la más memorable es para muchos (me incluyo) *Don Chinche*, presidida por el personaje que hizo célebre el recién fallecido Héctor Ulloa. En su gestación anduvo Pepe Sánchez y también el proteico chileno Duni Kuzmanich. Precursora de muchas cosas, se grababa en exteriores. El taller vivienda de don Chínche y Eutimio, la tienda de la esquina, las calles, el barrio, en fin, eran felicitemente verdaderos. Como lo demostró Señal Colombia hace un par de años, el encanto de *Don Chínche* es inmarchito.

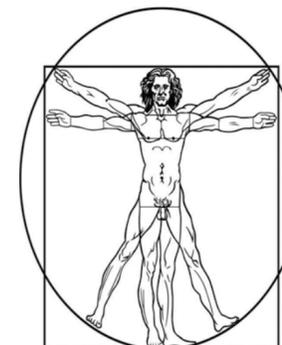
CODA

Murió el gran Stan Lee. De sus muchas creaciones, mi favorita es *Spider man*. A pesar de sus películas llenas de efectos especiales, su verdadero mundo es el cómic. Todavía veo al Araña, con todos sus arreos, haciendo cola ante una ventanilla de banco. Al llegarle el turno, no puede cobrar su cheque, por obvias razones: carece de cédula, no existe en términos contables. Ha sido Lee el único que osó hacérselo ver. Él es, por antonomasia, el creador del antisuperhéroe. A mi juicio, es el heredero de otro grande, Lee Falk. Hay que ver qué dice al respecto Carlos Díez. ☺

ASESORÍA & CAPACITACIONES
EN INGENIERÍA Y EN SEGURIDAD Y SALUD EN EL TRABAJO
ING. ESP. ANDRÉS MAURICIO ZAPATA ESCOBAR (UdeA)

- ✓ Sistemas de Gestión de Seguridad y Salud en el Trabajo
- ✓ Manufactura Esbelta y Cadena de Valor
- ✓ Peritajes en Seguridad Industrial
- ✓ Interventoría en Seguridad y Salud en el Trabajo
- ✓ Capacitación y Formación en Cultura del Cuidado
- ✓ Implementación de Métodos de Trabajo ingenieriles

Contacto: 300 6498074 & 315 8525180 & AMZAPATAE@GMAIL.COM



VICTOR AGUDELO E.

Medicina alternativa

Manejo del dolor agudo y crónico

Citas: 321 696 3676
vaguodelo@hotmail.com

CON LOS FIERROS ENCIMA

por SAÚL FRANCO

Ilustración: Sara Serna Trujillo

Peto Petiche, así le pusimos el primer día cuando lo vimos bajar corriendo por la zanja que abre la corriente de agua en la parte alta de Villa Turbay, en la Comuna 8 de Medellín. Él corría por ese mismo barrizal por donde los milicianos del 6 y 7 de noviembre del ELN pasaban en tropa por la noche, acompañados por los ladridos de los perros.

A sus treinta años, Petiche ha sido desplazado tres veces. Es el menor de ocho hermanos y luchó por no seguir los pasos de la mayoría de sus parientes, pero al final cayó. Su esposa y sus dos hijos, que llevan los nombres de uno de sus familiares más queridos y de su mejor amigo, son la fuerza que lo inclina a salir del hampa, pero no ha sido suficiente.

Petiche, de contextura gruesa y rasgos bruscos, creció en un ambiente familiar afable, que acogía a sus vecinos, a los sacerdotes, a las monjas y a los seminaristas en cada fiesta católica que se celebraba en el barrio. La generosidad era un mandato en su casa, pero la violencia parece perseguirlos a donde vayan.

A los ocho años de edad pocas cosas le preocupaban. No entendía por qué tenían que salir de su finca, que contaba con un inmenso solar, cafetales, plátanos y animales. Años después se enteró de que dos de sus hermanos extorsionaban a los pobladores de la vereda La Tolda, en Santa Fe de Antioquia.

Su infancia fue feliz, pero el día que salieron de la finca las preguntas lo invadían: ¿por qué nos vamos y dejamos la casa sola?, ¿por qué dejamos las cosas y salimos con maletas tan pequeñas?, ¿por qué dejamos a los animales?, ¿por qué mi perro no puede venir y lo dejamos allá triste y abandonado?, ¿cuándo volveremos?

De la vereda llegaron a San Javier, un barrio en la Comuna 13 de Medellín. Allí, más de ocho personas se acomodaron en una casa que más parecía una pieza. Dormían caloritos, casi unos encima de los otros. El piso frío y duro compensaba un poco el calor del arrume. A los meses, un hombre le ofreció al padre de Petiche una casa en el barrio La Sierra para que se acomodaran mejor.

Sus manos gruesas y sucias se han mantenido activas desde niño, empujando la madera y el metal para ayudar en su familia. La brusquedad lo ha acompañado desde su infancia trabajadora, lo marcó la fuerza para mover y arrastrar en el campo; también las peleas entre hermanos que, aunque de niños, le exigían mayor valor por ser el menor de la familia.

"Mi papá estaba muy enojado conmigo porque yo traía un palo muy pequeño para el cerco que estábamos haciendo, entonces apenas llegué él jaló el palo y con una punta me hizo esta cicatriz", dice señalándose el hombro derecho. Pero a él le fue bien, ya que para sus hermanos los castigos eran de otra índole, cercanos a la tortura. Aunque dice que en su familia no les faltó amor por parte de su papá y de su mamá.

Petiche quería ser policía, pero la marihuana lo alejó de esas aspiraciones. A los doce años, luego de sufrir un

ataque de epilepsia, un vecino que fumaba en una casa abandonada entre el caserío de Villa Turbay le ofreció fumar a Petiche y a su amigo Ocampo. Después de pensarlo, los dos se decidieron y fumaron. Él sintió vida, tranquilidad y alivio.

Al otro día, para que no le diera ese ataque, fue a buscar al vecino y así lo siguió haciendo por más de diez años. A los doce años sentía que tenía muchos problemas. Iba mal académicamente, peleaba con sus compañeros del colegio y con sus hermanos. La traba le hacía ver todo mejor. "Pues si mi mamá y mi papá tienen que trabajar para darnos comida, pues que trabajen", se decía a sí mismo bajo la traba.

Con Ocampo lo unió el vicio en una complicidad y una confianza comprobadas desde que él le dijo: "Si usted fuma y no le dice a nadie, yo fumo y tampoco le digo a nadie", y así fue. Nadie supo por boca de Ocampo que ellos fumaban marihuana. Para Petiche, Ocampo era más serio que él y esa confianza la comprobó cuando en la adolescencia, después de robarse una plata en una guardería, la milicia los sacó de su casa y Ocampo se echó la culpa del robo, asumiendo todos los riesgos: la tortura o la muerte. Una muerte que encontró a los dieciocho años cuando se dedicaba a atracar

taxistas en compañía de un amigo. La muerte de Ocampo es una de las grandes marcas de Petiche.

Ni en su cuello ni en sus muñecas o talones se ven escapularios, tampoco aretes. Nada de eso le gusta. Tiene un tatuaje con el nombre de sus dos sobrinas, las más cercanas y más estigmatizadas por la misma familia y por la comunidad. Él las quiere como a sus hijas y cada tanto les da consejos que ni siquiera él mismo ha podido aplicar en su vida.

Aunque pocos lo ven y nadie lo escucha tendido en su cama, que no es más que unas tablas en un segundo piso, la decepción de sí mismo por no lograr sus metas lo arrolla. No fue policía, no estudió, los problemas familiares del pasado no se han solucionado, el hampa cada vez lo compromete más y no sabe sino coger los fierros o los hierros, pero el azadón poco le gusta.

La marihuana lo acercó a otros jóvenes consumidores y a algunos paramilitares que se torcían, para él era bacano andar con ellos y tener con qué drogarse gratis. Ha escapado a la muerte, pero no a la frustración y al fracaso que siente, aunque no acepta.

La peor guerra que ha azotado a la banda de La Sierra fue entre ellos mismos en el año 2009. Ni los cruentos

enfrentamientos que por décadas libraron con Los Pillos, de Villa Liliam, ni con las milicias del Ocho de Marzo iniciando la década del 2000, ni con los Chamizos o los Pacheli los afectaron tanto.

También él perdió en esa guerra, ahí fue cuando se enroló. En esa guerra reclutaron a todo el que veían por ahí medio desocupado, y sobre todo a los muy desocupados como Petiche. Acostumbrado a ver la guerra desde un lugar seguro en la ladera, las explosiones y disparos habían pasado de ser historias de sus hermanos y juego de niños a ser su sobresalto de cada día y noche.

Pasada esa guerra, y a sus veinte años, intentó relajarse y se fue a probar suerte a Apartadó en una finca con algunos familiares. Otra guerra lo hizo regresar a Medellín y sin saber hacer nada se enroló de nuevo en el mismo grupo armado.

La segunda oportunidad que tuvo para dejar el hampa fue por su hijo y su esposa. Con su hijo mayor, cuando tenía cuatro años, vivió un momento que él define como triste: "Mi hermano fue a la casa y dejó la pistola sobre una mesa y mi hijo la cogió y empezó a jugar con ella y a decir: así de potente quiero yo una ¡bam, bam, bam!". Por eso empezó a soltar toda responsabilidad en el grupo armado y buscó trabajo.

Probó con la construcción. Ganaba un mínimo y sentía que le rendía más que los dos o tres millones que le dejaba la plaza de vicio, además dormía tranquilo toda la noche con su familia. Ese trabajo le pareció muy duro, la obra se acabó y las necesidades lo acosaban.

Aunque llegó a ser el tercero al mando, cuando regresó no le dieron nada: la plaza la cobraba otro, la parabólica y la lavada de las busetas de la ruta las tenían otros, solo le quedaba cobrar deudas, de lo cual le quedaba el cuarenta por ciento de lo recuperado, y pernoctar entre las fronteras invisibles de La Sierra. Gratis. Sin guerra solo hay plata para los que mandan.

Petiche siente que la bacrim es un servicio social al barrio, que le da respeto y autoridad. Considera que la comunidad le tiene cariño, pero no a todos los respetan porque no saben ganárselo, porque "ven a alguien con hambre y no le dan ni un pan, no tratan a la gente seriamente y se pierden en la droga o el alcohol y son muy boletas", dice.

Peto Petiche es un hombre reservado que dice muchas cosas a medias, las piensa y se asegura de que nadie más lo escuche. Sabe que para ascender tiene que ganarse a la organización, ser solidario con su gente, ser serio e inteligente, sin vicios: juegos, droga, alcohol; tampoco mujeriego, porque según él la mayoría ha caído por las mujeres.

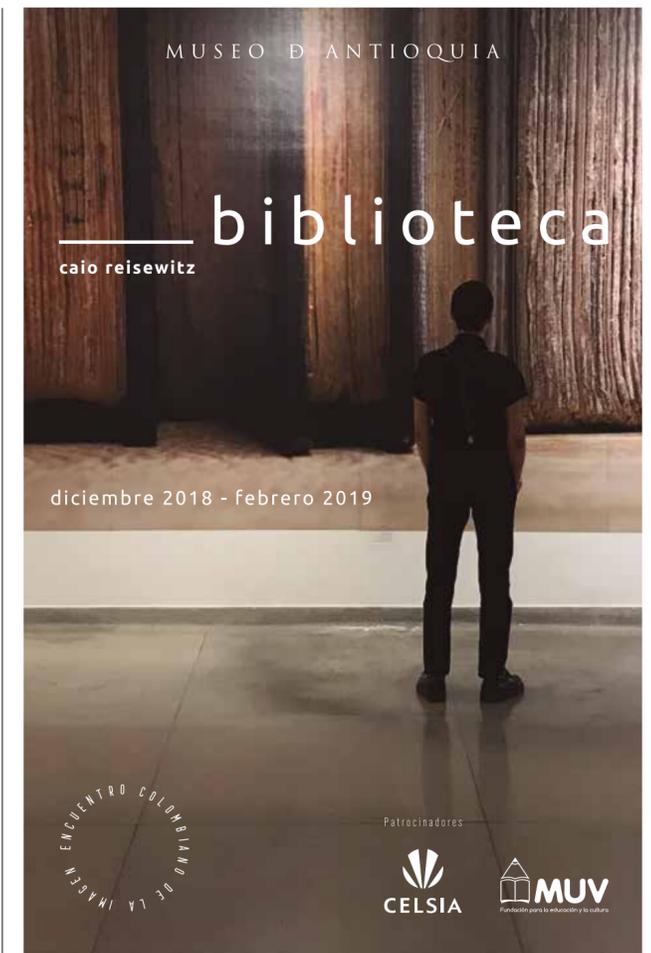
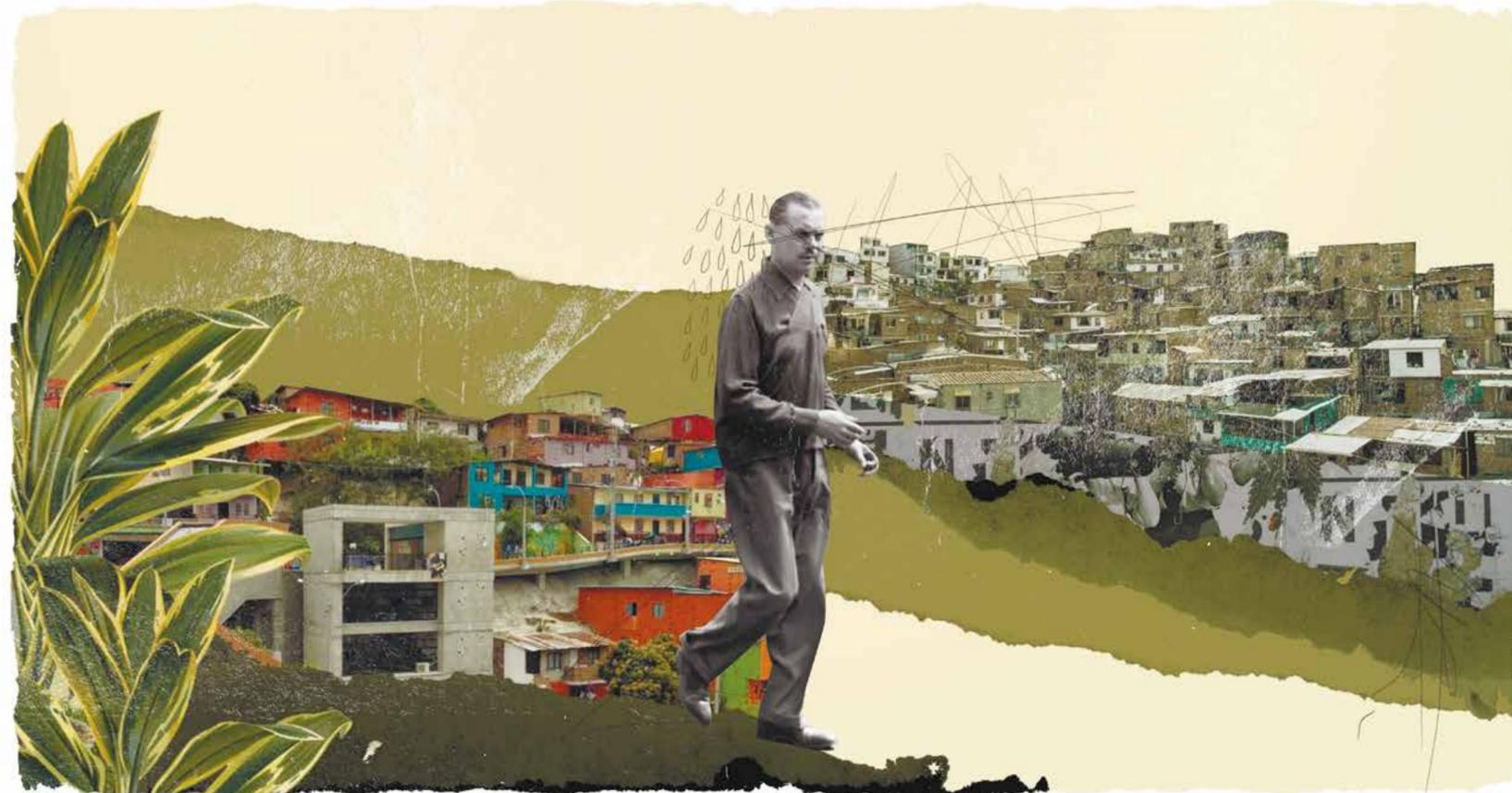
Dice que no le gusta el poder, pero hace bien lo que le pidan. Su código de ética no le permitió vender droga a los menores de quince años ni a consumidores que tenían aguantando hambre a su familia por drogarse. Petiche dice que esos valores nacieron de su familia y de sí mismo.

El miedo ha invadido su cuerpo y erizado su piel trigueña cuando ha tenido que cobrar una extorsión o cuidar algún secuestrado. Le teme a la traición, pues ha visto cómo se ha llevado a más de uno; especialmente en las cúpulas. Ir preso es otro temor, pero el día que le toque pagar algo lo hará con toda la cabeza fría. Siente que ha cometido injusticias y por eso mismo sabe que tendrá que pagarlas.

Le gusta y prefiere la vida sencilla, pero en abundancia. Dos o tres arepas en un plato lleno de arroz con huevo y chocolate. ¿Gaseosas? No. Prefiere la aguapanela y los jugos. Sueña con conocer los hermosos lugares de Colombia con su familia.

Por diez años no durmió tranquilo pensando en los suyos, incluso en estos días el sueño lo ha abandonado. No ha sido capaz de irse a dormir temprano, el deseo de salir del hampa lo hace divagar en el barrio, perderse en la noche, paso a paso, minuto a minuto.

Sabe que cada vez será más tarde, pero que justo después de la hora más oscura vendrá la luz y espera que no lo coja dormido, con los fierros encima y las ilusiones perdidas, y menos corriendo por una zanja de agua como cuando lo conocimos. ☺





TODO EN DIGITAL Y VIDEO



25
Años
• A SU SERVICIO •





Nueva sede
CENTRO COMERCIAL SANTAFÉ
ZONA DE CINES LOCAL 5171
ABIERTO DOMINGOS Y FESTIVOS

LÍNEA ÚNICA
448 34 51
315 256 3221

CENTRO COMERCIAL EL PARQUE
Cl. 54 No. 47 - 105
Local 105

CENTRO COMERCIAL OBELISCO
Cl. 74 No. 48 - 37
Local 131

www.metrocamaras.com



El hermano mayor



por DANIEL MELLA

Ilustración: Verónica Velásquez

Los que se morían antes de tiempo eran siempre los más felices o los más talentosos. Los que se mueren antes de tiempo siempre son los más felices de todos, le disparo a tía Laura ni bien mamá se va.

La tía, en una silla a mi derecha, oyó toda nuestra conversación. Es la única hermana de mi padre. Igual que papá, igual que yo, tiene la columna jodida. Nuestras averías se originan en la parte baja de la espalda. Lo mío fue una vértebra del sacro. Lo que uno ve, en una radiografía del sacro, es una cara de hueso traslúcida, de ojos vacíos, de un ser de otro planeta. Los médicos chinos lo llaman el rostro de Dios. La nariz es ancha y larga y llena de promontorios. La boca, una grieta un poco hendida, recuerda a los labios cerrados de ciertos reptiles.

¿Puede ser?, le pregunto. Los más felices o los más talentosos. Es como una ley, ¿eh, tía? Hay que tener ojo con los que andan muy felices por la vida. Son un peligro, ¿no es cierto? Siempre están a punto de irse a la mierda. Me pasa con Paco (7). Con Juan (5) no tanto, Juan es más seco, más malhumorado. Pero Paco es un gurí que se despierta contento, hablando hasta por los codos. Se acuesta contento, se despierta contento. Todo el mundo te menciona qué gurí feliz, qué gurí más amoroso. Ojalá dejaran de hablar así, tía. No sabes cuánto temo por Paco. ¿Querés un mate?

—¿Sabés qué me dijo tu hermano la última vez que lo vi? —me pregunta ella entonces—. Dijo que le tenía fe a esa casilla.

La última vez que vi a Alejandro fue una noche hace dos semanas, en La Paloma. Papá también estaba: había ido a pasar unos días con ella y con el tío, y también acabó siendo la última vez que papá lo viera. Esa noche iban a hacer pizzas en el horno de barro y, sabiendo cuánto le gustaban a Ale, lo llamaron para que se venga. Ale se tomó el ómnibus desde Santa Teresa ni bien salió de la playa. La tía, enterada de que Alejandro acampaba, le había preguntado dónde dormía, con las tormentas que venía habiendo. Él le respondió que se iba para las casas de unos amigos cruzando el cerro Rivero, pero que a veces se iba para la casilla de Playa Grande.

—¿Podés creer? —dice la tía—. Un guardavidas, un surfista, que sabe lo peligrosa que es la playa cuando hay tormenta eléctrica. Él decía que la casilla llevaba no sé cuántos años sin que le pasara nada, que había sobrevivido varios inviernos sin que el viento la tirara ni que le pegara un rayo. “Le tengo fe a esa casilla”, me dijo.

Yo no sabía que Ale había dicho eso. Nunca tenía saldo para llamarlo. Nos mandábamos mensajes o era él que llamaba, y nunca había mencionado que durmiera en la casilla para guarecerse. Ni una vez se me había pasado por la cabeza que él pudiera estar en peligro por lo de las tormentas. Yo tenía otras preocupaciones ese verano.

—No sé si esta vez no se enteró de la tormenta que se venía o qué pasó, pero es horrible, ¿no te parece? —dice ella.

Tenía fe en esa casilla. Dejé el cuerpo en un lugar donde tenía fe. No sé si es tan horrible, le dije.

—Admiro tu capacidad para el dolor —dice la tía después, secándose lágrimas con las uñas de los pulgares.

¿Qué estás diciendo, tía?, le pregunto. Se toma el mate, asintiendo mientras traga.

—Te admiro de verdad —dice.

No sabe lo que dice, pero no importa.

En el pasto junto a la glicina está Enrique tomando de su propio mate con Guido. Enrique es flaco, la cara chupada por la falta de muelas. Julio es panzón y no le conozco sin bigote. Desde que tengo memoria viven uno al lado del otro en diagonal a lo de mis padres. Guido sigue solo después de quince años de que su mujer se fuera, sigue manejando un taxi nocturno, y al menos exteriormente se encarga de mantener su casa en buen estado. La única diferencia entre su casa de antes y la de ahora es el muro que los separa del criadero de ratas de Enrique, que tiene todo su terreno cubierto por basura. Es un muro de más de tres metros de altura porque Enrique, que dice que trabaja de clasificador, tiene la basura apilada en unas estructuras monstruosas de palo y de lona. Desde la calle no se aprecia orden ni concierto en la basura. Lo que se ve es un tolderio detrás del cual apenas se insinúa la casa de bloque construida al fondo, que ya en mi infancia será una ruina.

—¿Esos dos no se odian? —dice tía Laura—. Se ve que hoy vale todo.

La mañana del 9 de febrero me agarró en casa de mis padres. Estaban mis hijos también. El día anterior, el lunes 8, yo los había traído a ver a sus abuelos, y como estaba su prima Catalina (16), la hija de Mariela (39), terminamos acampando en el living.

Lo primero que oigo al traspasar el ventanal y entrar a la cocina es a Mariela y a los nenes diciendo qué película poner a una pared de distancia, en mi pieza, ahora el estudio de mi padre. Mamá, todavía de lentes de sol, ocupa el sillón frente a la tele sin sonido. Por momentos mira la pantalla y por momentos se mira las manos sobre la falda. Ni bien me ve, levanta la derecha mostrándome su celular en un gesto extraño, como de saludo, mientras con la otra mano se prende al control remoto.

—¿Te animás a mandarle un mensaje a Alejandro? —me dice—. Vengo tratando, pero no distinguo las teclas.

Alejandro no está, le digo yo. ¿Cómo me voy a mandar un mensaje?

—Ponele: Ale, decime que no sos tú, mamá —dice. Capaz que no es él. Capaz que se confundieron.

De pronto estoy en cuclillas sacándole el teléfono de la mano, nuestras cabezas prácticamente a la misma altura. Le explico, hablándole como a los sordos,

viéndome en sus cristales oscuros, que llamaron los amigos de Ale. El que lo encontró muerto fue el Enano, que trabajaba con él, que lo ve todos los días.

—Si le pegó un rayo, capaz que estaba irreconocible —dice ella.

En ese momento surge Mariela del pasillo con el teléfono de línea al oído. Se da cuenta de que ocurre algo raro y le pide un momento a su interlocutor, tapa el micrófono y me clava sus ojos amarillos.

Mamá quiere que le mande un mensaje a Alejandro, le explico.

Mariela reflexiona por un segundo, luego me dice que mande un mensaje.

¿Que le mande el mensaje? ¿Que le mande un mensaje de texto a Alejandro?

—Se lo mandás y listo —dice Mariela, y regresa por donde venía. La oímos encerrarse en el dormitorio matrimonial. En el porche nadie parece estar pendiente de nosotros. Algunos bajaron al pasto, al sol. Entonces se me ocurre que lo puedo llamar. Puedo llamar a mi hermano y ver quién atiende. Como todo el error de decirlo en voz alta. Mamá se desespera.

—¡No! —dice—. ¡No lo llames, no lo llames!

¿Por qué no? Ahorramos tiempo si lo llamo.

—Vos mandale un mensaje y dame el teléfono no te olvidás, si tanto te molesta.

Pero no me voy a poder olvidar. Voy a estar como ella, esperando a que alguien responda el mensaje y que el que lo haga sea mi hermano, que ya no ve ni oye, ni tiene una voz, ni tiene dedos para manejar su iPhone.

—Mandale el mensaje y dame el teléfono, por favor —dice mamá.

Ni bien mando el mensaje, mamá me saca el celular de las manos. Dice:

—No le pusiste lo que te pedí.

Te quiero chupaverga, le había escrito.

—¿Esto es lindo para vos? —dice mamá después de leerlo.

Sin previo aviso, siento las lágrimas del día. Con su silencio, en el que prácticamente me puedo apoyar, mamá sondea mi dolor, pero mi dolor no es mío. Como vaticinara, sin que lo pueda evitar, en mi mente se forma la imagen de Alejandro vivo todavía. No hay chance, pero lo veo volviendo de la casa de alguna mina, llegando tarde al trabajo cansado y medio en pedo. Mamá parece aliviada ahora que abrevamos del mismo charquito miserable.

—Cuando estábamos afuera —dice entonces, delicadamente—, no quise decir que prefería que fueses vos en vez de Alejandro. Jamás diría algo así. Me interpretaste mal.

No tiene de qué preocuparse. Si hay un día para volverse loco, es hoy.

Ella dice que va a aprovechar para acostarse un rato. ☺

*Fragmento de la novela *El hermano mayor*, del uruguayo Daniel Mella, publicada por la Casa Editorial HUM en 2016.

El Centro se transforma con el nuevo Paseo Bolívar



Ahora



Antes

Inversión
\$33 000 millones



56 000 m²
de espacio público



Más árboles y jardines



1 km de ciclorruta



Alcaldía de Medellín
Cuenta con vos

BUENOS PAOPRES AR
LA CSAINETIACRAZ
LAURELSAHSIAOUE
LA AMERRA AJUEZ
SAN JACIAS TILLA
ELXPDDELQOIOBRE
GUAYABRABLEDO
BUEIEMA HERMOSA

100 - 1000 - 100

1000 - 1000 - 1000

100

Juan José Hoyos es el último caminante del año para las Conversaciones desde San Ignacio. Recorre las calles invisibles del Camellón de Guanteros. Cuando el barrio guardaba más furia y más música que humo de buses. Tobías Arboleda ilustra esos tiempos perdidos.

El barrio que se perdió en Medellín

por JUAN JOSÉ HOYOS

Ilustraciones: Tobías Arboleda

1 Me gustan los barrios con historias. Por eso, desde que escuché su curioso nombre, quise conocer el barrio Guanteros sin saber que cada vez que caminaba por el Centro estaba recorriendo algunas de sus calles hoy desaparecidas.

Se cuentan muchas cosas de sus músicos, sus artesanos, sus cafés. También de sus veladas teatrales, sus poetas, sus tertulias, sus restaurantes y sus bailes de garrote.

Hasta el origen de su nombre es incierto. Algunos creen que tiene que ver con los obreros que fabrican guantes, pero esa industria no ha tenido arraigo en Medellín. El filólogo Marco Fidel Suárez asegura que está emparentado con guantón, un equivalente popular de guantazo o guantada. Según el Diccionario de la Real Academia, es un golpe que se da con la mano abierta. Para Suárez, guantear es dar guantazos y guanteros es lo mismo que guanteadores. Es muy probable, pues, que el nombre esté asociado a la vieja tradición pendenciera del barrio.

Antes, para mí, era un barrio de leyenda. Un barrio tal vez inventado que aparecía en algún cuento del siglo XIX. Solo supe que era real cuando leí el relato “Un baile con carrera”, del escritor Ricardo Restrepo, publicado en 1870 en *Antioquia Literaria*.

Restrepo es un cachaco de un barrio de ricos invitado por la cocinera de su casa a un baile en Guanteros. Acepta movido por el aliciente que lo desconocido tiene para todas las imaginaciones. Cuando llega a la fiesta, vestido de levita negra y chaleco y pantalón blancos, encuentra bailando a seis u ocho mestizas y a varios artesanos. Su cocinera no puede presentarlo ante los invitados porque está ocupada preparando la cena. Él trata de sortear la situación y unirse al fandango... hasta que empiezan a tomar aguardiente, sirven la cena y se da cuenta de que no es bienvenido por su atuendo y sus maneras. Entonces decide abandonar la fiesta y busca la puerta, con tan mala suerte que en ese momento llegan cinco hombres desgreñados y borrachos, que llevan en sus manos, cada uno, un garrote. Ponzona, su jefe, manda cerrar la puerta, y mientras sus compinches hacen resonar los garrotes contra las puertas y los muebles, saca un cigarro, se acerca a una vela y hace como si fuera a encenderlo.

“Inmediatamente se apagaron las velas, y en medio de la profunda oscuridad se oyó el ruido amenazador de los garrotes”, cuenta Restrepo. “Entonces la confusión fue horrible: las mujeres corrían desatentadas de un lado para otro dando medrosos aullidos y pidiendo socorro; los platos volaban a estrellarse contra las paredes, impulsados por los poderosos garrotes, y en medio del tumulto se oía la voz de Ponzona que animaba a los suyos gritándoles:

—¡Arriba, muchachos! Cuiden las puertas para que nadie se escape, y palo con el cachaco”.

El cronista resiste los golpes agazapado debajo de una mesa. Luego, buscando a gatas la cocina, logra llegar al solar de la casa. Allí, después de caer a un lodazal, alcanza a trepar por una tapia y a huir saltando entre muros y entejados, perseguido por los perros del vecindario y los malandrines.

2

Hay otra historia antigua del barrio que ha corrido de boca en boca y tiene que ver con las veladas teatrales. Dicen que en Guanteros se fundó la primera compañía dramática de Medellín y se presentó la primera obra de teatro.

Cuenta el cronista don Eladio Gónima, en su libro *Vejece*, que en 1830 se reunieron varias personas de mucho mérito y se propusieron fundar una compañía teatral que sacara a la ciudad del marasmo. En 1831 dieron principio a su empresa. Como no tenían un local propio, decidieron solicitar permiso al gobernador de la provincia para levantar el teatro en el patio del edificio que ocupaba el Colegio de Antioquia en la antigua Plazuela de San Francisco, hoy llamada San Ignacio.

El escenario se fabricó en el ala sur del patio. “Un tablado de poco más de ocho varas de frente, con escaleras interiores para comunicar con las piezas del claustro bajo y con el alto, destinado a vestuario de los actores. El decorado de la escena era primitivo: una sábana colorada de telón, y sábanas blancas con más o menos manchas que figuraban ‘Sala’, ‘Jardín’ y ‘Cárcel’. Se creía que en la tragedia clásica no podía haber más decoraciones. El resto del patio se destinaba para la concurrencia de ‘a pie’ y la galería alta con palcos para las señoras”, dice don Eladio. Para el estreno, escogieron una tragedia de Voltaire.

Los promotores de la compañía eran el futuro presidente de Colombia,

Mariano Ospina Rodríguez —quien entonces se hallaba refugiado en Antioquia, después de participar en la conspiración de septiembre contra Simón Bolívar—, Manuel Uribe Restrepo, Rafael Navarro y otros ilustres de la época.

Tal vez fue el primer encuentro feliz de los estudiantes y la gente ilustrada de la Plazuela de San Francisco —sede del Paraninfo de la Universidad de Antioquia— con la gente de Guanteros.

La presentación tuvo tal éxito entre el público que luego se presentaron varias obras más, acompañadas por una pequeña banda formada por dos clarinetes, una corneta, un bombo y un redoblante. El escenario era alumbrado con cazuelas de barro con sebo y mechas de lienzo.

3

El historiador Agapito Betancur dice que el origen del barrio Guanteros se remonta a la época colonial, cuando el gobernador de la provincia y el Cabildo de Medellín mandaron que los indígenas que tenían sus casas y bohíos alrededor de la plaza principal —hoy Parque de Berrío— los vendieran a los españoles, previo avalúo, y se fueran a habitar la zona de Guanteros.

De este modo, los ejidos que dispusiera el fundador de la ciudad, don Miguel de Aguinaga, en 1675, para que la comunidad compartiera cultivos y pastos, se convirtieron con el paso del tiempo en Guanteros. El lugar empezó a ser habitado por artesanos, esclavos negros libertos, indígenas y mulatos. Desde entonces, las casas del Centro de Medellín y sus alrededores quedaron en manos de familias criollas descendientes de españoles y familias mestizas de mineros y comerciantes adinerados.

En 1843, con la llegada de los sacerdotes de la Compañía de Jesús, el antiguo local del Colegio Académico volvió a abrir sus puertas y allí se fundó un colegio dirigido por los Jesuitas. La Compañía inició una misión en la Iglesia Mayor —hoy conocida como iglesia de San Ignacio— “con tan copioso fruto, que todos los habitantes en edad de hacerlo recibieron los santos sacramentos y cambiaron radicalmente las costumbres de los vecinos, muy en particular las de los barrios de Guanteros y del Llano —hoy, carrera Bolívar—, que eran centros de disipación y de desorden”.

4

En 1925, don Tomás Carrasquilla une la historia de Guanteros con el destino

del llamado Camellón de La Asomadera. Para ello se remonta al siglo XVIII. La Asomadera era el antiguo nombre de la carrera Niquitao, que iba desde la Plazuela de San Ignacio hasta el antiguo Cementerio de San Lorenzo, también llamado el Cementerio de los Pobres.

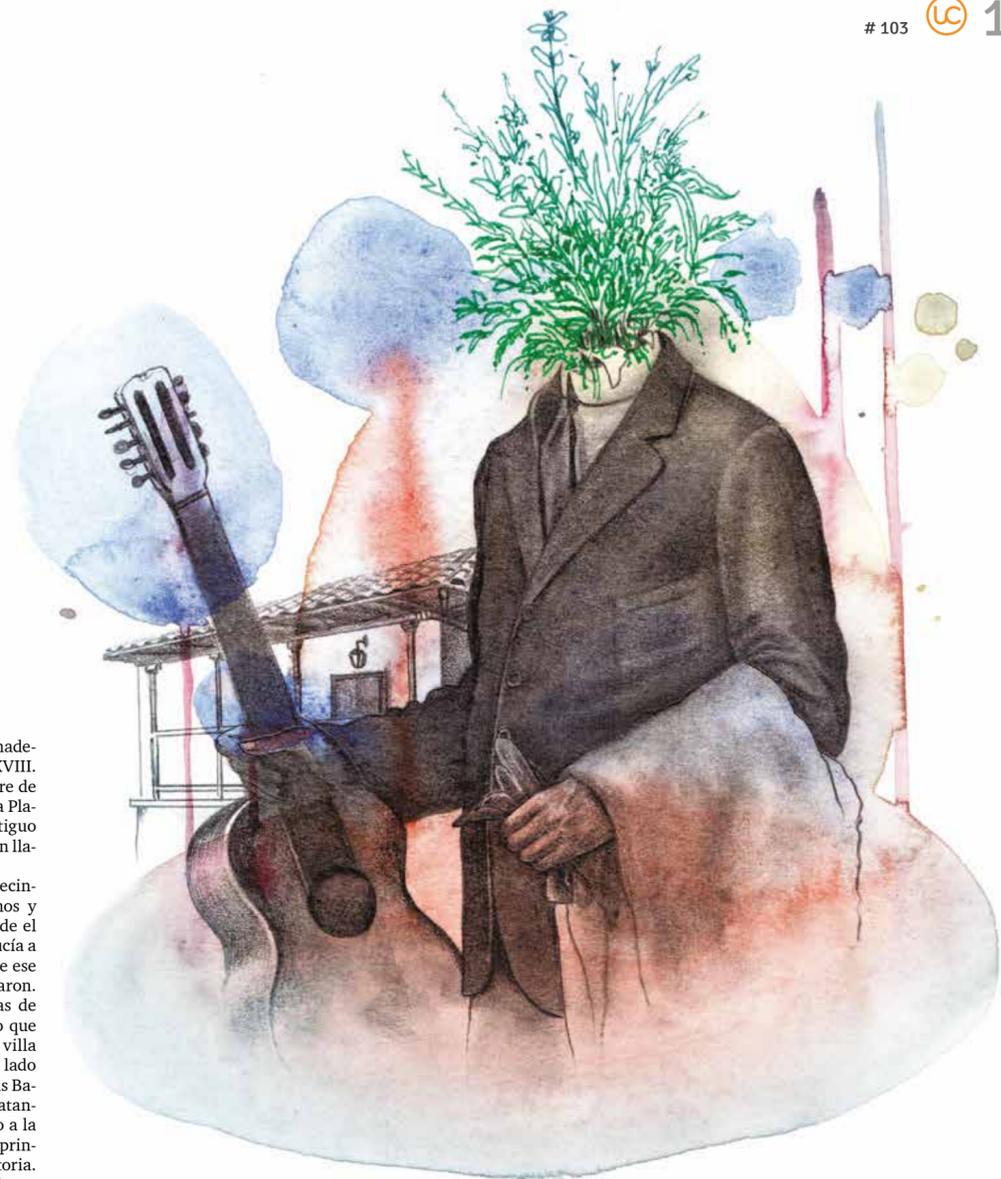
“El paseo favorecido por el vecindario para los ejercicios vespertinos y las giras dominicales fue, muy desde el principio, La Asomadera, que conducía a Envigado, a los pueblos y cortijos de ese lado. Hasta de camellón lo graduaron. Por ahí dizque había algunas casas de ricos, muchas de la pobreza y uno que otro ventorro. En el siglo XVIII la villa se fue cargando, gradualmente, del lado sur por lo que llamaban y llaman Las Barrancas. El camellón se fue empantanando con una calle que iban haciendo a la buena de Dios, y me tiene usted el principio de Guanteros, de tétrica historia. A mediados de aquel siglo, principiaron los frailes de San Francisco su convento e iglesia, y, a poco, una dama ilustre principió a levantar a sus expensas en local donado por ella misma, el monasterio de las madres Carmelitas. Levantar convento e iglesia es como tocarle cuerno a la peonada: todos quieren vivir junto a lo grande”, cuenta Carrasquilla en una de sus crónicas. Antes de que los monasterios fueran terminados ya estaban edificadas Palacé, hacia el sur, hasta el Barrio Colón; y Pichincha y Ayacucho —entonces llamada Calle de la Amargura— hacia el occidente.

En su opinión, el barrio Guanteros debió de poblarse, salga como saliere, en la infancia de la villa y tal vez fue el primero que se incorporó a ella.

“Este barrio, así como las barrancas de Ospina y de Caleña, afluentes a esa su gran calle que serpentea falda abajo, era en esos tiempos del catón de San Casiano, el lugar nefando y tenebroso de los bailes de garrote, de los aquelares inmundos y de la costumbre horrida. En esos antros se ofendía mucho a mi Dios y se le daba culto al diablo”, dice don Tomás.

5

Hoy salgo a recorrer esas calles guiado por un mapa donde aparece la nomenclatura antigua y en el que solo figuran los nombres de las calles. Ninguna tiene números. Para hallar las equivalencias de números y nombres busco un teléfono celular con GPS, pero el aparato no da pie con bola y solo sirve para confundirme más.



Quando llego a una esquina, busco en los muros las placas que identifican el lugar. La mayoría son ilegibles. Están cubiertas por el aire sucio, el moho y la humedad. En muy pocas aparece el nombre de la calle. Casi todas las casas viejas han desaparecido o han sido reformadas para convertirlas en pequeños negocios: tiendas de abarrotes, litografías, restaurantes populares, ferreterías, talleres, pequeños bares o ebanisterías.

Por encima de los tejados viejos solo se distinguen uno que otro edificio: la torre del Paraninfo de la Universidad de Antioquia; la sede de la Caja de Compensación Familiar de Antioquia (Comfama); los apartamentos de las Torres de Bomboná; algunos hoteles.

Por momentos siento que Guanteros es un barrio invisible. Desde el siglo XVIII ha estado aquí y la ciudad se lo ha tragado hasta borrarlo casi por completo. La gente ha olvidado los nombres de sus calles. Solo algunos viejos los recuerdan.

6

Busco la vieja casa donde nació Pelón Santamarta, el músico mayor del barrio, y no la encuentro. Pelón nació en Guanteros en 1867. Su verdadero nombre era Pedro León Franco Rave. Hijo de un sastre aficionado a la música nacido en Santa Marta, llamado Pedro León, y de Rita, una muchacha de Medellín.

Pelón no fue un sastre más: terminó el bachillerato y empezó a estudiar medicina en la Universidad de Antioquia. La guerra civil de 1885 lo obligó

a interrumpir su carrera y a enrolarse en las filas del ejército del Estado de Antioquia. En 1897, poco antes de la Guerra de los Mil Días, formó un dueto con su padre y se fue a Bogotá. Luego viajó a Cali y Popayán a buscar trabajo como sastre y compró una guitarra. Después de la guerra volvió a Medellín y formó el dueto que lo hizo famoso con Adolfo Marín, otro sastre de Guanteros. A partir de 1905, Pelón y Marín viajaron por Antioquia, Chocó y la costa Atlántica. Más tarde, con su tiple y su guitarra, recorrieron Panamá, Costa Rica, Jamaica y Cuba. Cantaban y cosían.

Estando en La Habana, el poeta Porfirio Barba Jacob los presentó a un empresario mexicano que los contrató para viajar a Mérida, la capital de Yucatán. Un cronista los recuerda en su debut, “elegantemente vestidos y luciendo en el enclavijado de sus instrumentos un moño con los colores de la bandera colombiana”. Apenas salieron al escenario, rompieron a cantar: Enterraron por la tarde / la hija de Juan Simón / y era Simón en el pueblo / el único enterrador...

Quando acabaron la canción, parecía que el teatro se iba a caer. “Tal fue la atronadora ovación y los gritos de entusiasmo con que fueron recibidos”, dice el cronista. Así es como el bambuco de Antioquia fue adoptado como propio por los yucatecos y acabó formando parte de su música popular.

Después viajaron a Ciudad de México, donde se dedicaron a cantar en las fiestas de las familias acaudaladas. Su fama les abrió las puertas de los teatros

más importantes. En 1908, la Casa Columbia los contrató para grabar cuarenta canciones usando la nueva tecnología del disco de acetato de 78 revoluciones, recién patentada por la RCA Victor. Pelón y Marín se convirtieron en los primeros artistas colombianos que difundieron nuestra música por el mundo a través de los discos y el gramófono, antes de los tocados modernos.

Luego estalló la revolución. Pelón se enroló en el ejército insurgente como conductor de presos. Marín volvió a su oficio de sastre y se casó con una mexicana. Pelón regresó a Medellín en 1916 y se rebuscaba administrando una cantina. Fue la época en que compuso su famoso bambuco *Antioqueña*.

7

Ahora busco El Blumen, el viejo café situado en Niquitao donde se reunían a conversar, a tomar aguardiente y a escuchar bambucos, pasillos y danzas, hasta el amanecer, los estudiantes de la Universidad de Antioquia y los escritores, poetas y músicos de la primera mitad del siglo XX: Tomás Carrasquilla, Tartarín Moreira, León Zafir, el vate González, Ciro Mendía, Efe Gómez y Manuel Ruiz Mejía —el célebre Manuel Blumen, un hijo de tenderos del barrio que se volvió famoso con su dueto Blumen y Trespalacios—. Nadie puede ayudarme a encontrar el sitio.

Sigo caminando por las calles llenas de ruido por donde hoy transitan cientos de buses. Entonces pienso que hace



tiempos la bulla que por aquí se escuchaba no era la de los motores diésel. Era la de la música de los célebres carnavales decembrinos, que también nacieron en Guanteros.

Ahora subo por la calle Bomboná. Aquí tampoco quedan restos de los bares y los restaurantes que fueron escenario de esa vida bohemia que juntó bajo los aleros de estos techos a fabricantes de vihuelas, guitarras y tiples como Raimundo Arango, o a diestros ejecutantes de la vihuela como Cesáreo Mesa y Francisco Ortega, o a compositores como Juan Yepes, el primero en musicalizar las estrofas de *El canto del antioqueño*, de Epifanio Mejía, que después se convirtió en el himno de Antioquia.

Creo que todo empezó a cambiar desde 1970, cuando fueron demolidas las primeras casas viejas de la carrera Junín y de las calles Pichincha y Amador. La nueva Avenida Oriental, que cruzó de sur a norte el Centro de la ciudad, partió en dos la parte baja

del barrio. Hoy en ese lugar están el almacén Éxito y el Parque San Antonio. A unos doscientos metros, sobre la Avenida Bolívar, está la estación San Antonio del metro.

Cae la tarde. Por fin llego a la casa de las Ramírez. Es una casa de fachada antigua y de puertas y ventanas rojas, situada en la calle Bomboná, cerca del cruce con la carrera Girardot. Hace unos años, esta era una edificación de piezas grandes, con una bodega abandonada y un largo callejón lateral. La bodega era la caballeriza, y el callejón, la puerta por donde entraban los caballos. Una más de esas casas viejas del Centro que se resisten a ser demolidas.

Hoy este viejo y hermoso caserón es la sede del grupo Matacandelas. Cristóbal Peláez, su director, me abre la puerta. Por dentro, la casa ha sido reformada. Ahora tiene una moderna sala de teatro dotada con excelentes equipos de iluminación y sonido, una sala de ensayos y hasta un "cantadero":

una sala de música donde se han presentado bandas nacionales e internacionales de todas las corrientes del rock contemporáneo.

Desde su creación, en 1979, el Colectivo Teatral Matacandelas navegó por la ciudad como un barco sin puerto durante más de diez años. En 1991, el barco echó sus anclas en esta calle y empezó a reconquistar para el teatro el barrio Guanteros.

El Matacandelas es un digno heredero de la vocación errante de Pelón Santamarta y de los teatreros que montaron la tragedia de Voltaire en este mismo barrio en 1831. En sus más de 32 años de vida, el grupo ha tenido diecinueve giras internacionales en países como Portugal, España, Francia, Bélgica, Guatemala, Cuba, República Dominicana, Venezuela y Perú; ha participado en 79 festivales internacionales de teatro y 69 nacionales. A lo largo de estos años, por las puertas de esta casa han desfilado más de un millón cuatrocientos mil espectadores.

Sigo caminando por la calle Bomboná. Una cuadra más arriba, en la carrera Pascasio Uribe, en dos viejos caserones construidos a fines del siglo XIX, también han abierto sus puertas al público La Pascasia y Elemental Teatro.

La Pascasia es la sede cultural de un grupo de músicos, artistas plásticos y realizadores audiovisuales que se unieron hace dos años para crear un lugar donde coexisten un sello de discos —Música Corriente—, dos orquestas, una galería de arte, una librería y un café.

La casa tiene un patio central con un totumo grande, rodeado de cuernos, helechos y bifloras. En la que era la cocina del viejo caserón está el café. En la parte de atrás, donde antes había un solar y después una bodega, ahora hay un auditorio. El escenario donde se presentan cada semana las dos orquestas de planta de la casa, formadas por músicos jóvenes y veteranos que aman el tango, el jazz, el rock... Ellos también son dignos herederos de los viejos músicos que nacieron y vivieron en estas calles.

Sentado junto a un jardín de enredaderas, viendo a los muchachos que toman cerveza o café o se comen una empanada mientras esperan que empiece el concierto de la noche, pienso: Guanteros se perdió en Medellín. La ciudad se lo tragó. Casi todas sus viejas casas fueron demolidas. Pero el alma de sus músicos, sus teatreros y sus poetas sigue viva. Ahora ellos están volviendo a sus calles... Y ya no hay más bailes de garrote. ☺

Conversaciones desde San Ignacio es un proyecto de



universocentro

comfama

**CURSOS BARISTA
Y APERTURA TIENDA CAFÉ**

Info: whatsapp 316 6681182 - maxicafe Medellin@gmail.com



Construimos Sitios Web
para móviles y Apps

Piensa
hacia donde
diriges tu
estrategia...

Cohete.net



Aprender jardinería

[Para tener mi propia huerta]



Educación para la vida Comfama

Conoce toda la programación en tu sede más cercana para que comiences a aprender eso que siempre has querido.

- Elaboración de aromáticas caseras
- Jabones naturales
- Huertos hospederos mariposas
- Suelo y fertilización
- Uso de especias en la cocina

Naturaleza


www.comfama.com

Matricúlate ya
— en nuestras sedes y en —
www.comfama.com

comfama

Hace cien años Colombia despedía a la pandemia más mortífera de la historia. Las ruanas no fueron remedio infalible y los jarabes sirvieron para endulzar el trago amargo de la muerte. Más de 3500 muertos dejó en los cementerios de pueblos y capitales. Un siglo después las preguntas clave, ¿dónde se originó?, ¿por dónde llegó?, ¿podría repetirse?, tienen como respuesta recetas dudosas.

La gripa del fin del mundo

por CARLOS DÁGUER

Primero los pañuelos y las ruanas se llenaron de mocos, luego los hospitales, de enfermos, después las esquinas, de carteles fúnebres, y finalmente, la prensa llenó sus páginas con anuncios apocalípticos.

La secuencia de fotos de la icónica “carreta macabra”, que iba y volvía del cementerio cargada de cadáveres hasta las banderas, obliga a ser indulgente con la prosa del momento. Los muertos fueron ciertos. Y miles. Cualquier cronista engalanaría el verbo si tiene la oportunidad de narrar el fin del mundo, y más aún ante la ausencia de un dato medianamente certero, de un pequeño deslizo científico sobre la naturaleza de esa epidemia de gripa que se cebó con particular furia en el altiplano cundiboyacense y dejó a su paso, mal contados, 3500 muertos en un país que en 1918 frisaba los seis millones de habitantes.

No faltó el humor negro: “Cuando esta peste iba a llegar —anotó un cronista de *Cromos*—, la pública atención estaba pendiente del censo. Nuestra curiosidad consistía en saber cuántos éramos; ahora es la de averiguar cuántos quedamos”.

Bogotá era a la sazón una ciudad que enterraba diez muertos al día, pero el conteo comenzó a variar desde el 21 de octubre que se saldó con 35 defunciones. Al día siguiente fueron 71. Y al siguiente 58. Y luego, cuando la cifra alcanzó los tres dígitos, colapsaron los servicios funerarios de la capital.

El 24 de octubre, medio centenar de cuerpos se amontonaban a la espera de su entierro, y pronto comenzó a circular la “carreta macabra” —bautizada por la revista *El Gráfico*— recogiendo a los más pobres en las calles para darles sepultura en las grandes fosas comunes que el joven Enrique Tovar, administrador del cementerio, había ordenado cavar para satisfacer la demanda.

La ciudad adquirió un ambiente de toque de queda no decretado. Unos sesenta mil bogotanos, de los ciento cuarenta mil que poblaban la ciudad, se afiebraron, tosieron, moquearon y experimentaron los dolores articulares, musculares y de cabeza propios de la



El Gráfico, 1918.

infección. De ellos morían 1573, según las cuentas oficiales (1075 en octubre y 498 en noviembre).

En ese reino de incapacidades, el capitolio se veía medio vacío; el gabinete ministerial se ausentaba de sus despachos; las compañías teatrales suspendían sus funciones; los bebedores de oficio se abstendían de visitar las chicherías; los telegramas se retrasaban; y los aurigas del tranvía, que hasta entonces parecían inmunes a toda peste, abandonaban sus puestos de trabajo. El novelista José Antonio Osorio Lizarazo, acorde con las tentaciones hiperbólicas del momento, llegó a afirmar que estos últimos “caían desde sus pescantes sobre las ancas de los caballos pacientes y morían entre las ruedas de sus coches”. Y de los escolares se dijo que eran los únicos que celebraban las circunstancias: les cancelaron las clases justo en tiempos de exámenes.

Entonces cundieron los escritos pomposos, era otra de las enfermedades del momento. “Jamás llegó para esta ciudad la fecha de hoy en tan dolorosas circunstancias, ni las campanas de las iglesias gimieron más fúnebremente su plegaria de lágrimas —anotaba la revista *El Gráfico* en su edición del 4 de noviembre de 1918—. Ni bajo aquellas pestes legendarias de la Colonia, ni cuando en plena lucha emancipadora los maderos ensangrentados del patíbulo pregonaban el terror, ni más tarde, en las convulsiones revolucionarias de la República, cuando

hermanos enloquecidos le arrancaban la vida a sus hermanos”.

Menos se ha escrito sobre lo vivido en Boyacá, aun cuando fue el departamento que llevó la peor carga. El periódico *La Linterna* reportó el 25 de octubre que la epidemia ya afectaba a cuatro mil de los diez mil habitantes de Tunja y, como un calco del relato bogotano, todo había quedado en suspenso: el batallón no montó guardia, se cancelaron las clases, se aplazaron los matrimonios... Según el director departamental de Higiene, la gripa había sido “introducida a Tunja por peones carreteros que llevaron la infección de Bogotá; pronto se propagó a todo el Departamento, y como era natural, en los climas fríos predominaron las complicaciones pulmonares”.

Los mercaderes de la salud y los milagreros, tan antiguos como la especie, aprovecharon la ocasión para vender el jarabe antífico que supuestamente había tenido éxito en Panamá, y un tal Eduardo Boada, propietario de un taller de mecánica, se ofreció a suministrar gratuitamente “una magnífica receta para combatir en pocas horas la epidemia de la gripa”. Esfuerzo vano: Boyacá contabilizó al final más de dos mil defunciones por gripa entre octubre y noviembre.

A comienzos de diciembre, la epidemia se había extinguido en el centro del país, pero, después de pasar por

Antioquia, Tolima, Bolívar, Valle y Caldas, invadía los dos Santanderes. “Aunque todas las clases sociales sufrieron la enfermedad —anotó Pablo García Medina, presidente de la Junta Central de Higiene—, fue en la clase obrera y en la proletaria en las que más rápidamente se extendió y más alta mortalidad ocasionó, dadas las malas condiciones de las pésimas habitaciones en que viven y la deficiente alimentación y falta de abrigo de los proletarios”.

Nueve décadas después, cuatro investigadores —Fred Manrique, Abel Martínez, Bernardo Meléndez y Juan Ospina— concluyeron que hubo otro factor de riesgo: la cercanía al cielo. La probabilidad de morir por la gripa fue mayor en las regiones más distantes del nivel del mar, anotaron en septiembre de 2009 en la revista *Infectio*. Las tierras andinas eran, pues, las condenadas a cavar más tumbas.

Ida la gripa, vinieron las reflexiones, los señalamientos y las preguntas. El Estado había hecho su tarea hasta donde pudo, que era poco. El plan de acción, que se había comenzado a elaborar al segundo día de la epidemia, constó de cinco puntos: organizar la atención a los pobres; dividir la ciudad en diez zonas para que cada una fuera atendida por un médico y un ayudante; abrir los hospitales para aquellos casos en que los médicos lo recomendaran; crear una junta de socorros, y autorizar al alcalde para que

la nombrara y reglamentara las funciones de los médicos. Al final, fue la Junta de Socorros, una agrupación privada conformada por notables de la ciudad, la que tomó las riendas de la situación, abrió una cuenta en el Banco de Colombia para recibir donaciones y se quedó con la gratitud de la ciudadanía.

Las investigaciones sobre la naturaleza de la epidemia nunca fueron concluyentes. O mejor: llegaban hasta donde lo permitían los lentes de los microscopios, capaces entonces de observar bacterias pero incapaces de identificar virus.

Informaba el presidente de la Junta Central de Higiene: “Los exámenes bacteriológicos que practicaron los doctores Jorge Martínez S. y Bernardo Samper en el Laboratorio de Higiene que ellos dirigen, y por el profesor Federico Lleras A., demostraron la presencia del bacilo de Pfeiffer [erróneamente considerado, hasta 1933, el agente causante de la gripa común], de neumococo, de estreptococo y de estafilococo. La asociación de estos microbios y especialmente la virulencia que adquirió el neumococo explican la intensidad de las complicaciones pulmonares; la toxemia neumocócica dominaba el cuadro clínico y le daba la funesta gravedad que se observó”.

Los insignes padres de la salud pública colombiana acertaban al identificar la causa de las complicaciones (las infecciones bacterianas), pero no atinaban a la causa de esas causas (el entonces desconocido virus de la influenza).

La otra pregunta que inquietaba a los expertos era por dónde había llegado la infección. Las hipótesis barajadas fueron de diversa índole. Una versión dijo que lo había hecho a bordo del vapor Satrustegui, que zarpó de Barcelona a finales de mayo, cuando la capital catalana vivía el pico de la epidemia, y arribó el 2 de julio a Puerto Colombia. El médico Pedro Sarmiento, pasajero del barco, atestiguó que unas mil personas habían enfermado en altamar, comenzando por los de tercera clase, pero ninguno fue examinado ni sometido a cuarentena al desembarcar.

La hipótesis era plausible, pero dejaba un vacío: ¿por qué la epidemia no se había iniciado a orillas del mar sino en una ciudad enclaustrada en los Andes? Otra hipótesis sorteaba ese inconveniente pero generaba otras dudas: planteaba que la enfermedad había llegado en un paquete de correo procedente de Estados Unidos. No dejaba de ser, en todo caso, mera especulación.

Las investigaciones realizadas noventa años después por Manrique, Martínez, Meléndez y Ospina vuelven a situar al Caribe como puerta de entrada. Al revisar la *Gaceta Médica de Cartagena*, los investigadores encontraron el registro de veintinueve muertes por gripa en noviembre, una en diciembre y una en septiembre. “Este último —anotaron— sería el primer caso reportado en las fuentes primarias consultadas, lo que indica que fue la Costa Caribe el lugar de

ingreso de la pandemia de 1918 y no Bogotá, como hasta ahora se ha afirmado”.

Pero más atrás de Colombia, la pregunta que ha inquietado a los científicos en el ámbito internacional es dónde comenzó todo. En los días de la pandemia, se inclinaban por las hipótesis de siempre: había comenzado en Oriente y se había propagado hacia Occidente. Dos sacerdotes misioneros católicos le contaron a la prensa neoyorquina que, en el mes de abril de 1918, esos mismos síntomas que pronto experimentaría buena parte de la humanidad se habían observado en la China, de donde ellos venían. Llamar a aquello “gripa española” sería, pues, una injusticia.

Y sí, parece que lo es. Dado que la ciencia puede resultar tan dinámica como la política, valga aclarar que en 2018, año del centenario de aquella enfermedad que mató a entre cuarenta y cien millones de personas, la denominación de origen es inexacta y, por tanto, injusta. Pero también habría sido injusto llamarla “gripa china”.

Diversas fuentes coinciden en que comenzó el 4 de febrero de 1918 en un campamento militar en Funston, Kansas, Estados Unidos. Albert Gitchell, cocinero del ejército, sería el primer paciente. Esa oleada no fue tan grave como la segunda, que se inició en Francia. Pero los países involucrados en la Gran Guerra no querían desmoralizar a sus tropas, y guardaron silencio. España, ajena al asunto, publicó las noticias sobre la gripa en su territorio y terminó produciendo la sensación histórica de que había sido la cuna de la peste.

A menos que algún brote genere alarmas en el intervalo, el sistema decimal predice que del tema se seguirá hablando así, por picos noticiosos, cada diez años. Habrá nuevos datos e hipótesis, y volverá la pregunta de siempre: ¿una pandemia similar podría repetirse? La respuesta es, obviamente, sí. Y más aún en un tiempo en que los virus pueden transportarse por el cielo a más de novecientos kilómetros por hora.

Pero lo más probable es que encuentre a una humanidad mejor preparada. Las comunicaciones aún viajan más rápido que los aviones. Existe una Organización Mundial de la Salud con capacidades para encender alarmas. Existen entidades de salud mejor preparadas para hacer campañas preventivas. Existe un sistema de vigilancia en salud pública que podría rastrear el paso a paso de los primeros casos y hacer cercos epidemiológicos. Existen los microscopios electrónicos y mejor tecnología para producir vacunas. Y existe el recuerdo de la tal “gripa española” que, como una cantaleta periódica, obliga a no bajar la guardia.

“Para muchos días dará tema de conversación esta epidemia, la más caprichosa que hayamos conocido”, predijo la revista *Cromos* hace un siglo. En medio de tantas florituras que parecían ocultar la falta de datos y certezas, ha sido la única conclusión que no se ha modificado luego de cien años. ☺



El Gráfico, 1918.



El Gráfico, 1918.



Cromos, 1918.

Boston Bar Café
Cra 42 con Clil 54 • Caracas con Córdoba
Atendido por John Jaramillo, su propietario

Bebidas y comidas

Gastronomía personalizada
Embutido artesanal

itaca

Lunes a sábado:
12:00 m a 3:00 pm y
6:00 pm a 10:00 pm
Domingo: 12:00 m a 6:00 pm

Cra 42 #54-60
Tels.: 5818538 - 3207908977

¿Podrían dejarme solo, por favor?



por DANIEL BRAVO

Ilustración: Hansel Obando

Hay cinco hombres al final del muelle, y se están gritando. “Eh, y tú, ¿por qué crees que te he traído acá?”. Uno está en el borde, de pie, con los ojos clavados en el mar, que se arisca con la entrada de la noche. Su mirada es tierna y apacible, como si esperara —o quisiera— que pase algo. Los otros hablan, parados en círculo unos metros detrás. En el suelo, una losa de cemento sucia, hay cigarrillos a medio terminar y latas de cerveza tumbadas, paradas, que amenazan con caerse al agua. El muelle termina donde toca la punta de su zapato: luego, tres metros en caída libre hasta estrellarse con rocas talladas en forma de cubo. Después está el mar. Sería perfecto, si no fuera por ellos.

Ebrios, algún día sin dormir, con los ojos diminutos de una hiena, manotean y vociferan mientras caminan de un lado a otro. El hombre del borde se da la vuelta y se une a los otros. Corrección: en verdad no estamos en un muelle. Esto es un rompeolas, una estructura artificial que busca reducir la fuerza de las olas antes de que lleguen a la playa. Largo y delgado, entra en el agua como una lanza. O como un bidente, porque al frente tenemos otro igual, que cumple la misma función. Juntos, amansan las aguas del Mediterráneo, pero no son capaces de dejarlos por fuera a ellos. Hablan de fútbol, de política, de un viaje. A ratos se callan y, ahora entre todos, miran el mar: en la distancia, pero todavía descifrable en la marea, hay una forma. Es un balón de fútbol que flota entre las olas.

Lo único que quiero es estar solo. Ir a la playa, a un mirador, a algún parque y que no haya nadie. Llamémoslo saturación comunicativa, vocación de anacoreta. O simple pendejada. En cualquier caso, es lo único que pido. Sí, podría lograrlo con alguna facilidad en mi casa, así viva con otros dos colombianos, o en la certera soledad de mi cuarto; pero quiero estar solo, no encerrado. Y parece ser que elegí la peor ciudad del mundo para hacerlo, porque Barcelona, aunque tiene poco más de un millón y medio de habitantes, recibe catorce millones de turistas al año. También yo soy uno de ellos: un residente temporal, un híbrido entre turista y estudiante. Es

decir, un turista pobre. Y la ciudad se me ofrece como a todos los demás: con su Sagrada Familia y su santísima trinidad cliché de Picasso, Gaudí y Miró; con sus estereotipos de tapas y paella, sus *free walking tours* y sus “diez lugares imperdibles”; con su rambla, que es como Carabobo tres veces más ancho y con tres veces más carteristas. Yo solo quiero estar solo, pero no conozco esta ciudad, no he aprendido a perderme en sus calles. Y es imposible conjugar soledad y turismo: una guía tipo Lonely Planet que diera los *Top 10 places to be alone in Barcelona* sería ridícula, los condenaría a la pena de muerte por agorafobia.

Fuck tourists, go home. El grafiti está en un contenedor de basura del Carrer del Panorama. La calle se extiende hacia arriba y adelante, como un ejercicio de punto de fuga. Al fondo, cuando la pendiente no la deja escalar más, el pavimento serpentea y asciende en zigzag a través de una vegetación exigua y desnuda —rocas, cactus, arbustos; flora de despeñadero—, hasta llegar a los búnkeres. Ubicados en la cima del Turó de la Rovira, uno de los tres cerros que hay en Barcelona, los búnkeres son un grupo de edificaciones que durante la Guerra Civil Española alojaron cuatro cañones antiaéreos y sirvieron de atalaya para proteger la ciudad. Después de la guerra el conjunto militar entró en desuso, y en las décadas siguientes el cerro estuvo en la mira, ya no militar sino administrativa, por barraquismo, que es una forma bonita de nombrar lo que acá llamamos barrios de invasión. Con el paso de los años las familias fueron reubicadas; en los noventa se derribó la última chabola, se trasladaron los cañones, y en el 2011 comenzaron los esfuerzos para recuperar los búnkeres como miradores y lugares patrimoniales, hasta convertirlos en el mejor destino para hacerse selfies panorámicas y tomar fotos 360 grados de la ciudad. No sé por qué se me ocurrió venir acá para estar solo. Habría tenido que ser antes del 2011, antes de que el espacio fuera recuperado, domado, antes de que apareciera en los folletos turísticos que entregan en el aeropuerto. Es un viernes de octubre y son las dos de la tarde. Somos doce personas. Todos, a excepción de una pareja que habla en catalán y de un ejecutivo con un casco

de motocicleta bajo el brazo, parecemos turistas. A las tres de la tarde se nos ha unido una excursión de quince adolescentes de Estados Unidos, dos trotamundos con mochilas de treinta litros y un perro. Tal vez, con algún truco de la mirada, pueda convencerme de que no hay nadie más. Busco el techo de una de las construcciones, doy con un ángulo que esconde a las personas de mi campo visual e intento concentrarme en un punto en el horizonte hasta que, por demencia o visión de túnel, alcance la sensación que busco. ¿Qué es lo que busco, en últimas? ¿Soledad o aislamiento? Pasan un segundo... dos... tres... Hasta que los escucho. No sé quién hace más ruido, si los gringos o el perro. A las cuatro de la tarde, con la llegada de más personas, desisto. Mientras bajo los veo ascender en fila, como el desembarco de un crucero: hordas de turistas, una línea sin fin de cámaras, accents, bolsos para picnic. El grafiti que prometía mi fracaso me despide. Por lo menos recordamos en las últimas palabras.

La soledad no es una búsqueda muy popular, y menos para un turista en Barcelona. Es equivalente de irse a ver *fatbergs* a las alcantarillas de Londres, a buscar el nirvana en Nueva York. Por lo general, un turista busca agradecer sus sentidos: visitar un lugar bello y fotografiarlo para que se vea bien en redes sociales; conocer una serie de datos históricos que olvidará a los cinco minutos pero de los cuales recordará uno que, fuera de contexto, impresionará a sus amigos; probar algo que le sorprenda el paladar y que fracase al intentar replicarlo de vuelta en casa. En modo turista cualquier atardecer se disfruta

de inolvidable, cualquier madrugada se acoge con un bienvenido para el día que despunta. Pero el turista no busca sentirse solo, esa es una experiencia que puede tener en casa. La soledad es una búsqueda antiturística; un afán por encontrar, en tierras extrañas, eso que siempre llevamos a todas partes: nosotros mismos.

Los búnkeres ya daban una pista. Una de las claves para no encontrar a nadie era el tiempo. Mejor dicho, el desatino: el antiturismo tenía que hacerse a una antihora. En un extremo de la playa de la Barceloneta, el Hotel W tiene una plazuela desde la que se accede a un parqueadero. Hay algunas bancas, una escultura y, hacia un costado, unas gradas que descienden un par de metros, formando un anfiteatro. Frente a ellas, una baranda hace las veces de balcón al mar. Lunes, doce de la noche. La baranda es fácil de saltar. Caigo en las mismas piedras-cubo del rompeolas que, esta vez sin la caída de tres metros, sirven como plataforma para ver el mar. Están llenas de grafitis, aunque no veo ninguno que me incumba en mi calidad de turista-estudiante-latino. Mi caída (ni ágil ni estrepitosa, un ruido seco de costal golpeando la tierra) asusta a una pareja que, tras una roca, se esconde bajo sacos con capucha. Yo tampoco los había visto. Los maldigo y les ofrezco disculpas en mi cabeza: acabo de dañarlos la soledad que precede ciertas buenas cosas en pareja. También ellos, en su escondite, frustraron mi ilusión de un espacio vacío. Comenzamos el pulso incómodo de un ascensor, el que aguante más sin reconocer la presencia del otro. Pasados unos treinta minutos se

van. Por fin estoy solo. Pero es una victoria parcial, agri dulce, a costa de otros. Alguna vez leí que una discusión en pareja no se trata de quién tiene la razón, sino de quién siente menos culpa después. Algo similar ocurre en este caso. Al poco tiempo me voy. Mi soledad queda en tablas.

Percibimos la soledad con los sentidos. En los búnkeres casi pude encontrarla con el engaño de la mirada, pero me traicionó el oído. Si intentamos un *ranking* de los sentidos, el oído sería el segundo más importante para estar solo. Luego seguirían el tacto (no tener ningún estímulo táctil genera la sensación de aislamiento, como los tanques de flotación), el olfato (no podemos oler la soledad, aunque sí su ausencia) y el gusto (en un poema, *El gusto de la nada*, Baudelaire me vaticina lo mismo que el grafiti: “Resignate, corazón mío; duerme tu sueño de bruto”). Exceptuando la sordera, estar solo es casi siempre un requisito para no escuchar nada. Aunque pareciera que a los humanos, como animales sociales, eso también nos estuviera vedado. En 1951 el compositor estadounidense John Cage visitó la cámara anecoica de Harvard, un espacio insonorizado y diseñado especialmente para que las paredes, el suelo y el techo absorbieran los sonidos en vez de reflejarlos. Cage buscaba componer una pieza musical sobre el silencio. Pero el silencio absoluto fue imposible. Escribió Cage: “Escuchaba dos sonidos, uno alto y uno bajo. Cuando se los describí al ingeniero que estaba a cargo me explicó que el alto era mi sistema nervioso, y el bajo, mi sangre circulando”. La anécdota es el mito fundacional de

4’33”, la pieza musical (para cualquier cantidad y combinación de instrumentos) que Cage compuso después de la experiencia. Pero es imposible, lo dice la ciencia y una de sus biografías, escuchar nuestra propia circulación y sistema nervioso. Lo más probable es que lo que el compositor escuchara dentro de la cámara fueran *tinnitus* o acúfenos, sonidos que nacen en la cabeza (un fenómeno auditivo, no psicológico) y que son solo perceptibles por la persona afectada. Es decir, el cuerpo inventándose ruidos, hablándose al oído, resistiéndose a la idea de estar solo. Y 4’33” refleja esto: es una pieza donde la orquesta entera está durante cuatro minutos y treinta y tres segundos en silencio, acompañada por la tos de la audiencia, el crujir de las sillas, alguien sonándose los mocos.

La imposibilidad del silencio y la de los turistas para estar solos. De vuelta al muelle con los cinco hombres. Fragmentos de sus conversaciones me dan a entender que son amigos, que no viven en Barcelona, que vinieron a hacer algo. Entiendo también que uno de ellos pateó el balón de fútbol que a ratos miran en el mar, y entiendo, con una claridad apabullante, que los intrusos no son ellos, sino otro. El que interrumpe su soledad. Su solemnidad. Creo verlos llorar. No estoy seguro, no podría afirmarlo ni para lograr la redondez de la historia. Con el paso de los minutos se van callando, dejan de manotear, se les acaba la cerveza. Están cada vez más ensimismados. Estamos cada uno en silencio, quietos, mirando al mar, por unos minutos. Luego se van. De nuevo el sinsabor. Ellos también querían estar solos.

Alumbrados EPM

Colombia

paraíso mágico

de luz en Navidad

Navidad es el momento perfecto para disfrutar en familia la gran diversidad de flora y fauna de nuestro país.

Recórrelos del 30 de noviembre al 7 de enero

Carabobo Norte • Parque Norte • Centro de Medellín
Edificio EPM • Parque Pies Descalzos • Avenida Las Palmas
Parques principales de las 16 comunas de la ciudad
Avenida La Playa • Tranvía de Ayacucho • Paseo Bolívar • Carrera 70 • Parques de los corregimientos de Medellín • 14 municipios antioqueños ganadores del concurso Encendamos la Alegría.

ePM

Medellín
BRILLA EN NAVIDAD

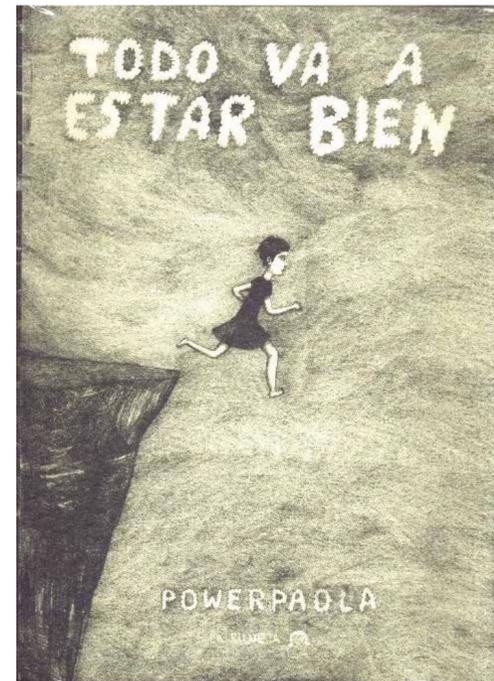
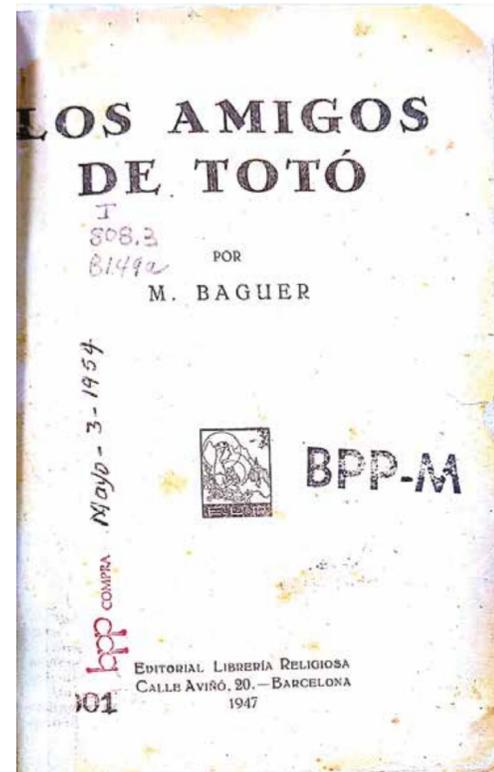
Alcaldía de Medellín
Cuenta con vos

El primero y el último

El 20 de diciembre de 2018 se realizará la reapertura del edificio central de la Biblioteca Pública Piloto de Medellín para América Latina. Luego de un proceso de repotenciación y reforzamiento estructural que duró más de tres años, el edificio construido en los años sesenta —el cual no cumplía con la norma antisísmica para edificaciones públicas— ahora aparece renovado y *cool*, o como dirían nuestras mamás, un verdadero joven buen mozo.

Pero más allá del edificio, de sus viejas estanterías y corredores, de los entrañables ficheros y sus mesas de estudio, a lo largo de su historia la biblioteca ha albergado miles de libros, algunos ya dados de baja o enviados a otros centros de consulta, otros tantos mutilados o desaparecidos. Todos ellos, en suma, han servido para formar e ilustrar a los medellinenses. Y como una forma de celebrarlos a todos, presentamos aquí el libro que lleva más tiempo en la Piloto y el más reciente. El primer ejemplar ingresado a la colección, el 3 de mayo de 1954, lleva por título *Los amigos de Totó*, una suerte de narrativa juvenil con ciertos matices escolásticos propios de la influencia franquista en Hispanoamérica, escrito por la catalana Mercedes Baguer; es una primera edición de la Editorial Librería Religiosa de 1947, impresa en Barcelona. Este primer libro de la colección general y muchos de los que se pusieron al servicio en los años cincuenta tuvieron una especie de filtro de censura o circulación intencionada hacia la formación de lectores obreros y sus familias. La junta de clasificación bibliográfica de la naciente BPP, además de bibliotecarios experimentados, incluía a sacerdotes como Jaime Serna Gómez, más conocido en columnas de prensa y otras publicaciones de la época con el seudónimo de Humberto Bronx, de tal manera que dicho comité de selección, con la aceptada influencia de la Pastoral Cristiana, revisaba y aprobaba el material bibliográfico que llegaba gracias a los convenios de cooperación internacional y de la Unesco. Para los rechazos la biblioteca habilitó un salón especial donde reposaban las obras de los autores no aceptados, pero de gran valor artístico y literario, al cual no podían entrar los menores de dieciocho años. ¡Qué tiempos aquellos!

Luego de 65 años, y como proyecto colectivo de construcción de una biblioteca más libertaria, el más reciente libro en ingresar a la colección general es una novela gráfica y autobiográfica que expresa las transformaciones sexuales y los cambios e imaginarios generacionales en el naciente siglo XXI, y que al leerse hoja por hoja no escandalizaría a ningún lector de hoy, salvo, obviamente, al padre Bronx: *Todo va a estar bien*, de Powerpaola. Es una primera edición del año 2015, de Silueta Ediciones y Paola Gaviria, impresa en Bogotá por Escala S.A., su registro de ingreso data del 5 de diciembre de este año. No es coincidencia, más allá de los libros de texto, los de historia, teologías y autoayuda, la Piloto ha privilegiado una colección juvenil permanente y fresca, que ahora se enriquece con la novela gráfica, el cómic y las narrativas creativas y experimentales.



La música ha sido vista como vía a la santidad o a la perdición. El órgano de las iglesias cae con su peso aleccionador sobre los fieles y la estridencia de algunos conciertos invoca al demonio y a la sordera. Una historia reciente: cuando no venden boletas para entrar al infierno.

Diabolus in musica

por SIMÓN ROMÁN O.

Ilustración: Manuel Celis Vivas

Desde hace mucho tiempo se cree que la música puede invocar al diablo. El tritono, un intervalo disonante de dos notas al que los teóricos dan el apodo de *diabolus in musica*, es utilizado en las composiciones para evocar o representar lo maligno y siniestro. Las notas del tritono no son proporcionales entre sí, es decir, no son armónicas, no son naturales. Por eso su combinación se la adjudicaban al diablo, al ser adversaria de la naturaleza creada por dios.

Y bien, en el siglo XXI, algunos creen que el hecho de que una banda cante “Jesús, hipócrita, serás el primero en ser freído. Jesús, basura, cállate y muere. Jesús sodomizado”, va a llevar a nuestra sociedad, y en particular a la juventud, al abismo de la depravación y podredumbre. En septiembre de este año, desde un sector reaccionario y fanático de la sociedad bogotana, se censuró a Marduk, una banda sueca de *black metal* que no ve a Jesús como una figura inmaculada e impoluta.

Afortunadamente para nuestra vulnerable juventud el concierto no se llevó a cabo en Bogotá. La Alcaldía, no sabemos si influenciada por los mensajes en Twitter con el hashtag #MardukFueraDeColombia, selló el establecimiento donde se iba a realizar el concierto. La organización consiguió otro espacio y con publicidad gratuita brindada por sus opositores logró agotar la boletería. Pero a pesar de los esfuerzos por vencer la mojigatería, poco antes del concierto la organización lo canceló sin dar explicaciones. Gracias al “concejal de la familia” por alejar a Satanás de nuestra capital y evitar la depravación.

El intento fútil de evangelización moral de estos creyentes bogotanos tiene un precedente sistemático y rotundo. En 1985, Tipper Gore, esposa de Al Gore, exvicepresidente de Estados Unidos, y otras esposas de personajes de la vida política y económica de Washington se escandalizaron por los mensajes “sexualmente explícitos” que en la música de Madonna y Prince estaban oyendo sus hijos, y que los podrían llevar hacia el precipicio moral.

Esta indignación llevó a las llamadas “Esposas de Washington” a formar en 1984 el Parents Music Resource Center (PMRC) o Centro de Recursos de Padres para la Música, con el fin de advertirle al público sobre las letras obscenas en la música comercializada en Estados Unidos. El objetivo principal del PMRC era “crear conciencia” entre los padres de familia e intentar prevenir que las disqueras produjeran música con “contenido explícito”, utilizando toda la influencia y poder que traían sus apellidos. Y, naturalmente, este llamado a la conciencia también incluía la solicitud de sobres con dinero para financiar la causa.

El PMRC aducía que su fin era lograr que la industria de la música se “autorregulara” para aportar a la consecución de una sociedad libre pero escrupulosa. Su propuesta inicial era rotular los álbumes: “X” para las letras profanas o sexualmente explícitas, “V” para las letras violentas, una “O” para las satánicas o de contenido anticristiano oculto, y un “D/A” para señalar las letras con referencias a las drogas o el alcohol. Con el fin de darle tracción a su movimiento se inventaron la lista de las “Filthy fifteen” (acá les llamarían las “Quince sucias”, supongo), que comprendía, entre otras, canciones de Judas Priest, Mötley Crüe, Twisted Sister, Def Leppard, AC/DC, Venom y Black Sabbath.



Igual que con Marduk, pareciera que la música que incomoda a los moralistas es el metal, un género que desde su estética y arte gráfico lo que busca es irritar, aterrar a algunas almas virtuosas. Es decir, los que se escandalizan caen derecho en la trampa. En 1985, Kronos, vocalista de Venom, dijo en una entrevista a *Kerrang!*: “Yo no predico satanismo, ocultismo, brujería ni nada de eso. El rocanrol es básicamente entretenimiento y hasta ahí llega”.

Pasados más de treinta años y viendo hasta qué extremos ha llegado la música, en particular el metal o el reguetón, resulta risible el concepto de letras “profanas” o de “contenido satánico”. Risible porque la historia reciente del mundo occidental nos muestra cómo las sociedades han buscado dejar atrás la mala costumbre según la cual unos pocos cuantos deciden lo que es bueno para los otros muchos.

Gracias a los esposos de sus fundadoras, el poder del PMRC creció tanto que en septiembre de 1985 su lucha contra lo “cochino” llegó al Congreso de Estados Unidos. El Comité de Comercio del Senado convocó a una audiencia pública para discutir el “contenido explícito” en el mercado de la música. Por su probable inconstitucionalidad (la libertad de expresión está en la primera enmienda de la Constitución estadounidense), la audiencia no tenía como propósito promover legislación sino simplemente ventilar los hechos, es decir, fue una sencilla muestra de poder y un intento de apabullar a la industria. El ruido fue posible gracias a que una décima parte del Congreso estaba conformado por esposos de las “Esposas de Washington”. Al Gore y otros tres congresistas eran parte del comité que convocó la audiencia.

En defensa de los artistas y su derecho a expresarse comparecieron Dee Snider, de Twisted Sister, Frank Zappa y John Denver. La intervención de Dee Snider fue la más importante. Sostuvo un interesante intercambio de argumentos con Al Gore, que defendió una interpretación imbécil que su esposa tenía de *Under the Blade* de Twisted Sister. Según la familia Gore (paradójico apellido si se piensa en el subgénero de metal), la letra de esta canción promovía el sadomasoquismo, el *bondage* y la violación.

Pero Snider, quien compuso la letra, afirmó que la canción buscaba narrar la experiencia que tuvo el guitarrista de su banda en un quirófano. Como bien lo dijo Snider, la interpretación sobre violación y sadomasoquismo solo estaba en la cabeza de la señora Gore.

Las opiniones de los congresistas dejan ver que estaban completamente desconectados de la realidad de muchos jóvenes de la época. Sus posturas eran una evocación de los versos de *The times they are a-changin'*, la canción de Bob Dylan que desde 1964 no pierden vigencia:

*Come senators, congressmen,
Please heed the call
Don't stand in the doorway
Don't block up the hall*

Finalmente, las señoras, ligadas al poder político y económico, ganaron y lograron que en diciembre 1985 la industria aceptara el uso de la tradicional etiqueta en blanco y negro: “Parental Advisory. Explicit Content”.

La etiqueta tuvo un efecto inmediato, algunas empresas como Walmart y Sears dejaron de vender álbumes con esta advertencia. No es claro el efecto en las ventas de los artistas: algunos dicen que sus ventas bajaron, otros que subieron; otros, incluso, buscaron que sus discos la tuvieran, como una estrategia de mercadeo.

Lo que sí es claro es que hoy en día esa etiqueta es un anacronismo, por un lado, porque ya nadie compra discos, y por otro, porque los artistas siguen expresándose como se les da la gana.

En la época del PMRC una columnista escribió: “La agudeza escandalosa del rock and roll ha cambiado el enfoque de la pelvis de Elvis hacia la sierra saliendo de la braguita de Blackie Lawless en la carátula de W.A.S.P. Las letras en el rock han pasado de *I can't get no satisfaction* a *I am going to force you at gunpoint to eat me alive*”.

Ahora pasamos de la inocua *We're not gonna take it* a sodomizar a Jesús.

En un Estado de derecho no tiene sentido que se regulen los discursos o se busque determinar cuáles resultan válidos. El “concejal de la familia” y su seceta creen a pie juntillas que el diablo está en la música y eso los lleva a promover actitudes contrarias al pluralismo que defiende la Constitución colombiana. Y el alcalde de Bogotá le da gusto enviando a censores disfrazados de estrictos burócratas administrativos.

Gore y su esposo creían que una canción sobre el miedo a los hospitales invitaba al sadomasoquismo. Una expresión teórica para referirse a un “intervalo compuesto de tres tonos enteros” se convierte, en boca de los fieles, en un anatema y un grito de batalla. El diablo sigue en la música. ©

COCINA TRADICIONAL, SALUDABLE Y CONSCIENTE

El Túnel

BISTRÓ

Carrera 42 # 54-62
Medellín, Colombia
Tel: (+574) 479 87 45

@EITunelCyC
eltunelcyc@gmail.com
www.eltunelbistro.com.co

EXLIBRIS

café
libros
repostería

Le solucionamos todos sus problemas navideños

SOLO LO MEJOR
Libros
Postres
Almuerzos
Café
Compañía

Clle 53 # 64A-27 Barrio Carlos E Restrepo
Tel. 2301836 • Lunes a sábado de 9 a 9

Nuestra comida es un acto de amor y sanación. Es un momento de conexión con el otro, por medio del cual tenemos la posibilidad de recordar que la vida, con toda su magia y creatividad es INFINITA

Carrera 64C # 48-188
Suramericana 5 local 101

Restaurante
EI ÁRBOL DE LA VIDA
Comida Natural

Teléfono: 2302522

PIZZERIA

CENTRO

Martes a sábado de 4:30 a 11:00 p.m.
Calle 57 (Argentina) # 41-57
Reservas: 254 45 10

Karoty
PARAFERNALIA
PARA FUMADORES

Al lado del Centro comercial
Medellín, contiguo a la
Plaza Minorista
Calle 54 N°57 60 Local 197
Celular: 311 634 21 85

BUNDI
CAFÉ BISTRÓ

@BUNDI_CAFEBISTRÓ
CALLE 53 # 42-15

Prana Bar

MÚSICA EN VIVO VIERNES Y SÁBADO

Cll 47 #42-48 Local 104
Torres de Bomboná
Tel. 2170489

La Manuela

CAFÉ / RESTAURANTE

Lunes y martes: 10am a 5pm / Miércoles a viernes: 10am a 9pm
Manejamos menú del día y comida a la carta

580 4044
310 428 6615

Calle 49#64A-11
@lamanuelarestaurante

Frutti jhon

En el parque principal de Carlos E. Restrepo encuentras lo mejor en comidas rápidas, jugos, malteadas, helados, ensaladas de frutas y otras **delicias para disfrutar.**

Servicio a domicilio únicamente en Carlos E.
230 40 56

Deliciosa parrilla al Carbón

Cortes Finos y Gruesos, Choripanes, Hamburguesas, Parrillada, Cervezas Artesanales y... ¡MUCHO MAS!

Servicio de Parrilla
Lunes a Jueves hasta las 9pm,
Viernes y Sábados hasta las 10pm
los Domingos cerramos a las 5pm

el último sábado del mes no te pierdas
EL ESPECIAL DEL CHEF

Cra 64A # 52A-31 / Urb. Carlos E. Restrepo / Tel.: 230 50 55
otrabandaparrilla otrabandaparrilla

Hacer la revolución en Manizales requiere más alucinaciones que fierros. Algunos desadaptados al atrio de la catedral lo intentaron en los setentas con Mao como sangrante corazón. Quedaron unas cuantas huelgas y algunos ataques de risa.

Adiós a las armas

por MANUEL FERNANDO JIMÉNEZ GARCÍA

Al fin llegó el día en que Bernardo me dijo que bajáramos hasta el barrio La Avanzada para formar el comando armado que tomaría la fábrica.

—El poder nace del fusil —me dijo, citando a Mao.

—Es un error —le advertí—. Las armas en este momento solo sirven en el monte donde el Gobierno es débil. Después de que dominemos el campo atacaremos las ciudades. Eso también lo enseña Mao.

—No tenemos tanto tiempo... Su respuesta, nada ortodoxa, me extrañó. Pero ahora entiendo que Bernardo sentía pasos de animal grande y no quería irse de este mundo sin cagarse en la puerta de un templo capitalista.

La Avanzada era un barrio marginal donde la policía confinaba a las putas para que su presencia libidinosa no escandalizara las calles decentes de la ciudad. Zonas de tolerancia, les decían a esos barrios en cuyas casas, pintadas de rojo, funcionaban los prostíbulos y las escuelas de Altos Estudios de Tango y Milonga, las mejores del bajo mundo. Allí cohabitaba Mincho Pineda con una mujer *de la vida*.

—¡Este sí es un duro, hermano! —me dijo Bernardo mientras tocaba la puerta por tercera vez.

“¡Ahí ya no vive nadie, llavecita!”, dijo un malevo que estaba parado en la esquina y quien, por una cerveza fría, nos contó la tragedia del domingo anterior cuando Mincho salió a la calle a las diez de la mañana, la hora en que el guayabo hace estragos en el alma. Estaba a pie limpio y con la camisa por fuera, mientras la mujer desde la puerta lo insultaba, envuelta en una sábana sucia. Era la única pelea que Mincho no enfrentaba nunca. La mujer es como el mar, decía, y se alejaba hasta que bajara la marea. Regresaba con un regalo y le daba una pela delante del vecindario: ¡Pa que no sea tan alzada esta perra!

Pero ese domingo cambió su rutina. Se quedó parado en la calle, pensando quizá en devolverse por los zapatos, y no se dio cuenta de que su mujer tenía un cuchillo en la mano. Los curiosos empezaron a recogerse en la acera de enfrente. La hembra avanzó dos pasos con el cabello erizado por la furia, y tiró la puñalada con los ojos cerrados. Mincho, sonriendo, se puso de perfil como un torero para esquivarla, pero la punta del cuchillo alcanzó a pringarlo encima del riñón y le borró la sonrisa. Una mancha roja empapó la blanca camisa del varón.

La mujer retrocedió hasta la puerta con el brazo engarrotado, sorprendida de su audacia. Una puta vieja, tal vez la misma que desde las tinieblas del inquilinato le dio el cuchillo, sopló algo en su oído y la empujó de nuevo a la calle. La mujer de Mincho avanzó con ganas, como tiburona que ya probó la sangre. Mincho, tocándose la herida, comenzó a darle explicaciones en voz baja, tratando de calmarla como si estuvieran todavía discutiendo bajo las cobijas.

—¡Písese, güevón, que lo van a matar! —le gritó el coro de la tragedia desde la acera de enfrente.

Pero el hombrecito se enchonchó y la dejó llegar y repetir el mismo movimiento de la primera puñalada como si fuera un paso de milonga. “Fue como ver la repetición de un gol en contra, hermano. Uno sabe lo que va a pasar, pero no puede evitarlo”.

El asesinato de Mincho dejó a Bernardo con cara de que la revolución se retrasó diez años. Me tomó del brazo y me ordenó que siguiéramos bajando para el barrio Galán hasta la casa del Loco Rendón. Ese

barrio era de respeto. Lo fundaron una noche del año 51 en una ladera por cuyo pie corre la quebrada Olivares. Los invasores, agarrados a la pendiente como hormigas, izaron la bandera tricolor de Colombia, pero el comandante de la policía los llamó comunistas y ordenó que les dieran culata y quemaran los ranchos. Un mes después volvieron con la bandera del Partido Comunista y armados de varillas.

A partir de esa noche la policía tuvo miedo de bajar, pero cada año bajaba el General Invierno y tiraba los ranchos a la quebrada, al mismo lugar donde los camiones del municipio arrojaban la basura. Los sobrevivientes volvían y levantaban nuevos ranchos: no tenían más a dónde ir. Eran jornaleros, artesanos, emboladores, carretilleros, obreros de construcción y rebuscadores de la vida. El barrio creció a pesar de la policía y del invierno, y por sus calles de tierra, retorcidas y estrechas, seguían bajando todos los días, como cucarrones mierderos, los camiones del aseo a botar los desechos de la ciudad en la quebrada Olivares.

Eran las seis de la tarde cuando llegamos a la pieza del Loco Rendón. No tenía ventanas y olía a fogón de petróleo y a cannabis sativa. Las paredes estaban debidamente empapeladas con afiches de Jorge Eliécer Gaitán, Sofía Loren, Carlitos Gardel y el glorioso Once Caldas de Manizales.

Rendón había reunido un grupo selecto de muchachos del barrio: jibaros, raponeros, cosquilleros y apartamenteros, armados de puñaletas. La escena, en vez de temor, me produjo cierto placer. Al igual que Jean Genet, yo profesaba una gran admiración por los malevos y los escuchaba con embeleso cuando narraban sus tropelías contra la propiedad privada. Aunque me hice amigo de algunos, nunca me invitaron a participar en un atraco. Tal vez les pareciera demasiado delicado para eso. Tampoco me invitaron a que les practicara el sexo oral. Seguramente sospechaban que yo quería ser escritor y no quisieron arriesgarse a salir en un libro con fama de



Manizalados
El Flaco Jiménez
2018

maricas, como les sucedió a todos los machos que tuvieron sexo con Truman Capote.

El Loco Rendón nos invitó a sentarnos en el suelo y rodó el bareto a la panameña (de una chupada). Bernardo era muy conocido allí y le decían “el camarada”. No quiso meter, pero se trabó con el humo que inundaba la pieza y en la traba le dio por leer el *Manifiesto del Partido Comunista*.

Con su voz cautivadora leyó la historia de un fantasma que recorría Europa, pero no arrastraba las cadenas como los fantasmas de los cuentos, sino que rompía las cadenas de la opresión capitalista. Un fantasma justiciero (como el de las tiras cómicas) que luchaba contra la policía. Eso último me encantó a los muchachos y todos se apuntaron para el comando guerrillero.

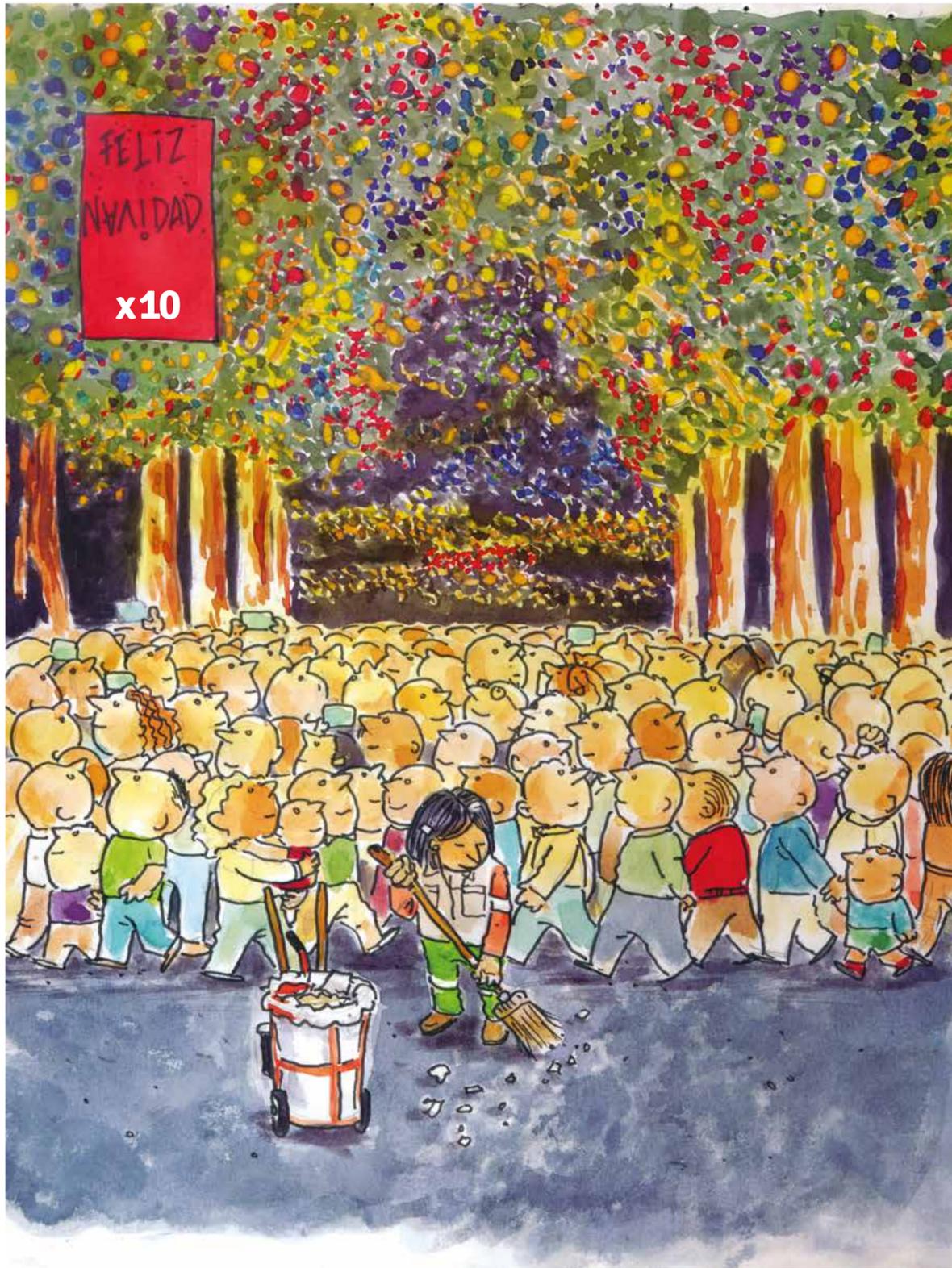
—¿Y los fierros dónde están? —preguntaron con los ojos brillantes como bolas de cristal.

—Ya deben estar listos —dijo Bernardo, guiñándome un ojo—. Dentro de ocho días los repartimos.

No entendí ese guiño sino hasta cuando salimos de la reunión y Bernardo arrimó a la herrería de don Tito, quien tiznado y sudoroso nos abrió la puerta y pudimos ver un intenso resplandor al fondo del aposento. Traía en la mano una larga tenaza con una herradura al rojo vivo. Son zapatos para mis vecinos, dijo mientras con la cabeza señalaba los caballos carretilleros que bostezaban amarrados a los postes de la luz con los ijares todavía húmedos del sudor del día.

Aunque el calor era infernal, Tito se encargó de bajarnos la temperatura. Nos dijo que no era posible fabricar escopetas en su pequeña fragua. Bernardo puso cara de que el atraso de la revolución ya pasaba el medio siglo. ©





cinéfangos.net

cine colombiano, crítica de cine, comics, artes electrónicas,
artículos y ensayos, cuentos de cine, documentos

 /cinefangos.net

 @cinefangosnet

Fragmento de partitura de John Cage,

compositor norteamericano que revolucionó la música del siglo XX. Maestro del happening, explorador del ruido y del silencio, artífice del piano preparado -intervenido con objetos, tocado desde adentro...-, del gong de agua, entre otros. Conoce más en la nueva sala Música: la orquesta propia.

